

REFLEXIONES Y COMENTARIOS

Lo mismo para la propaganda actual de nuestras ideas de libertad que para su instauración gradual o revolucionaria, los anarquistas no podemos fiar más que a la razón, a la comprensión, a la voluntad consciente de los individuos.

Cualquier otro movimiento no fundado en la libre iniciativa y en el libre acuerdo, que no tuviese por condición previa la actividad del individuo dentro de la más completa libertad social, puede edificar sobre los conscientes y los inconscientes, sobre los instruídos y los ignorantes, sobre los dirigentes y los dirigidos; pero el movimiento anarquista sostiene que la sociedad de nuestros ensueños no será más que el resultado de la acción de todos y que se malogrará si la misión de pensar y de obrar es encomendada por pereza, por ignorancia o por hábito de servidumbre, a unos pocos, y no puede edificarse más que sobre los hombres capaces de razonar, de pensar y de sentir por sí mismos y que de antemano se trazan como línea de conducta la libertad, la libertad propia y el respeto a la libertad ajena.

Para las necesidades contingentes de la lucha social, las masas regimentadas de alguna forma, tienen un valor: el valor de la fuerza; pero para el fomento de la educación libertaria de hoy y para la práctica de nuestras ideas en todos los dominios mañana, no tienen valor efectivo más que los individuos que saben lo que es la anarquía, que ajustan su pensamiento y sus actos a ella.

Las revoluciones, a excepción de la nuestra, son fruto de una confluencia de fuerzas distintas, momentáneamente confundidas en una batalla común; el cambio de un gobierno por otro puede reunir en el mismo frente de lucha a los partidos y a los movimientos más distantes. Recientemente en Bolivia hemos visto combatir al pueblo de todas las tendencias junto con los estudiantes y militares. Cayó una tiranía odiosa, por efecto de ese bello esfuerzo subversivo. Pero en lugar de la tiranía derrocada, vemos ya una nueva tiranía.

Y es que una revolución política de esa especie tiene objetivos de poco alcance; y cuando menos abarca más adhesiones es susceptible de lograr. Se hace con una minoría dirigente la mayor parte de las veces, minoría que no es la primera en dar la cara al peligro, y con una mayoría dirigida. No es posible confiar en milagros, y por tanto no se puede esperar que resulte por carambola un régimen de vida anarquista donde no hay anarquistas, porque la libertad no es algo negativo simplemente, sino algo positivo, una construcción primero mental y después en los hechos de una modalidad de pensamiento y de una manifestación de vida económica y social.

Como argumento en contra de la anarquía, de la posibilidad de la vida sin amos, sin gobiernos, se cita

por una parte el recorrido histórico de la humanidad a través de los siglos, donde siempre se ve aparecer el símbolo de la tiranía y de la esclavitud, el templo de los sacerdotes o el palacio de los reyes. Por otra parte, nos esforzamos muchas veces por sacar de la historia ejemplos de pueblos que no conocieron la autoridad política y que han vivido en el más admirable comunismo.

Estimamos que ni el ejemplo de los que dicen que siempre fué así y así continuará siendo, ni el esfuerzo de los que hallan en la historia pasada argumentos en favor de la posibilidad de la anarquía, tienen un verdadero valor probativo. La anarquía no puede ser más que el resultado de la voluntad consciente de los anarquistas. Cuando ella falta, falta todo lo que se requiere para su instauración.

Es como si para combatir la religión nos apoyásemos en la existencia probable de los pueblos que no han inventado dioses, o si para demostrar la necesidad de esa aberración se nos dijera que los pueblos de que da cuenta la historia han sido siempre religiosos. El argumento de unos y de otros tendría una importancia muy relativa y no probaría nada. La vida sin dioses es un resultado de un desenvolvimiento mental determinado, que pone al individuo en posesión de sí mismo, en relación a los mitos sobrenaturales. Se puede acelerar ese desenvolvimiento con la ilustración, con el fomento de la ciencia, con todas las razones capaces de disipar los vanos fantasmas de la imaginación. Pero no se puede imponer con la fuerza el ateísmo o la irreligiosidad.

Lo que es el ateísmo en religión, es la anarquía en el campo social y político. Hay muchos modos de hacer llegar al hombre a esa etapa de desarrollo espiritual, pero sin llegar a ella es inútil hacerse ilusiones sobre milagros de creación espontánea. Lo mismo que no hay que esperar nada fundamental para el ateísmo de los que creen en Dios, no es posible esperar nada fundamental para la anarquía de los que usan todavía las muletas de la autoridad para pensar y obrar.

Es realmente una verdad de Perogrullo que la anarquía será obra de los anarquistas o no será. Sin embargo, auscultad el pensamiento y el sentimiento de muchos de nuestros camaradas y veréis cómo siguen fiando en suposiciones, en fantasmagorías fuera de lugar. Sin embargo no deben fiar más que en la voluntad consciente de los propios compañeros de fe y en la influencia del ejemplo de esos compañeros, capaz de acelerar el proceso evolutivo en la mentalidad de las grandes masas.

Por eso incitamos continuamente al proselitismo, a la formación de esas voluntades anarquistas, a la elaboración de una mentalidad libertaria en el mayor número posible de individuos. Sin eso, sin contar con

esas fuerzas específicas, iremos a la revolución como se juega a la lotería: con la incertidumbre de los resultados finales por delante.

Echando una ojeada a la historia del desenvolvimiento humano, por poco perspicaces que seamos, nos damos cuenta de que el progreso y en general el avance histórico no es obra más que de las minorías que piensan. La gran masa se ha dejado llevar en un sentido o en otro, hacia su mejoramiento o su empeoramiento, sin oponer una voluntad definida de resistencia, lo que implicaría un pensamiento definido.

H. G. Wells constata en su "Esquema de la historia", refiriéndose al hombre común de los tiempos de la civilización primitiva:

"No se habían hecho para él la lectura y la escritura. Seguía cultivando su terruño, amando a su mujer y a sus hijos, pegando a su perro, cuidando de sus bestias, refunfuñando cuando venían malos tiempos, temeroso de la magia de los sacerdotes y del poder de los dioses, con un solo deseo: que los más poderosos no se ocuparan de él. Así estaba 10.000 años antes de Jesucristo; así estaba, sin mudar de naturaleza ni de probabilidades, en tiempos de Alejandro Magno; así permanece aun hoy en la mayor parte del mundo. Tuvo mejores herramientas, mejores semillas, casa un poco más sólida, y vendió sus productos en mercados de mejor organización, a medida que la civilización fué progresando..."

Cambiaron las condiciones exteriores, pero el hombre común no se ha convertido todavía en factor activo, determinante, de la historia.

Los individuos no siguen en su desenvolvimiento un ritmo uniforme y equivalente. Hay quienes se desarrollan más y mejor y hay quienes quedan en su evolución muy por debajo de la línea corriente, propia de una época dada. Como en el crecimiento físico, hay altos y bajos, delgados y gordos, Sanchos y Quijotes, hay también una infinita diferenciación en el desenvolvimiento mental. Ahora bien, esa diferenciación no justifica de ningún modo la desigualdad en el punto de partida y en la satisfacción de las necesidades de cada individuo, como han querido establecer y han establecido los cultores del privilegio. Al contrario, nosotros vemos en esa desigualdad, en esa variedad, una de las condiciones de la futura armonía social.

Pero la diferenciación libertaria diversa de que queremos hablar, tiene también sus consecuencias. Hoy mismo vemos a individuos que expresan todo su mundo mental con 500 palabras escasas, y otros que necesitan 10.000. Y la palabra es vehículo de pensamiento, de lo que se infiere que el desarrollo intelectual de unos está muy por debajo del de los otros.

En lo relativo a la libertad, hay quien siente una necesidad mayor y quien siente una necesidad menor de ella. Todos necesitamos hablar, emplear el lenguaje para comunicarnos, para expresar nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, pero según lo que podemos comprobar, unos, de acuerdo a su escasa cultura, se bastan y se sobran con unos cuantos centenares de vocablos, y otros requieren millares y millares.

Ocorre hoy y ocurrirá mañana algo semejante con la libertad. Para unos siempre será poca y para otros será excesiva, más grande de lo que ellos pueden utilizar para el enriquecimiento y el embellecimiento de su vida.

Hay pulmones que no se resignan a aspirar el aire viciado y buscan sin cesar una atmósfera pura y sana,

y otros que se habitúan a las miasmas de un ambiente defectuoso y apenas sienten la necesidad de subir a las alturas y respirar aire puro por todos los poros.

Nosotros tenemos por ideal una elevación sin límites de la humanidad en todos los sentidos: material, moral e intelectual. Pero partimos de los hechos concretos, de constataciones efectivas y de un conocimiento aproximado de la historia humana. Los individuos dentro de las mismas sociedades viven en una escala infinita de graduaciones y matices. Lo decía recientemente uno de los críticos más agudos de la idea anarquista: lo mismo que escasean los talentos en cada rama de la actividad o del pensamiento, no abundan los verdaderos espíritus libertarios. Hay en la sociedad una minoría para quien la vida sin libertad es un infierno, y hay otros de sensibilidad menor, de necesidades muy inferiores en ese concepto, y los hay que al parecer son casi insensibles a esa gran idea y a ese gran sentimiento.

La más amplia e intensa de las revoluciones no logrará uniformar a los hombres en una etapa de sensibilidad y de comprensión de la vida libre, así como hoy vemos una reacción diferente ante la injusticia según los individuos, reacción que va desde la indiferencia a la lucha apasionada por reparar el mal.

Hagamos lo que esté a nuestro alcance y más todavía para que la humanidad se desarrolle integralmente más y más; pero la formación de la personalidad anarquista no se improvisa, ni es fruto de una batalla callejera triunfante, ni de la votación mayoritaria de una asamblea. Es un trabajo de elaboración y de educación que comienza, pero que no termina nunca.

De acuerdo al molde de las viejas revoluciones jacobinas, ha penetrado hasta la médula de la gran mayoría de compañeros que nuestra revolución será aproximadamente como las viejas, con su etapa de preparación insurreccional, de lucha armada y de triunfo. Después de superadas esas etapas, no habrá más que felicidad y bienestar.

Somos los últimos en menospreciar el valor de las revoluciones de la calle; aunque sus objetivos y perspectivas sean bien pobres, nosotros estamos alerta para ofrecerles nuestro más desinteresado concurso. Pero la revolución de la calle, con triunfo o con derrota, no modificará substancialmente la diferenciación libertaria actual. Los anarquistas se afirmarán en sus convicciones y tendrán un margen mucho mayor para vivirlas en los hechos; los que no son anarquistas antes de la revolución, no se improvisarán tales de la noche a la mañana.

Para la construcción de la vida libre no es lógico contar más que con los que comprenden, sienten y aman la libertad. Los indiferentes que igual van para la derecha que para la izquierda no pueden ser en modo alguno los puntales de nuestra revolución, y menos de la nueva construcción social.

Hagamos anarquistas, trabajemos en los hombres con todos los medios para acelerar su evolución mental, para depurar sus concepciones morales y sociales, para libertarlos de las antiguallas del autoritarismo y de la servidumbre. Y confiemos en ellos que sabrán encontrar la salida para uniformar su conducta y la esfera de su existencia con las ideas y los sentimientos honda y racionalmente sentidos.

Y volvemos a recordarnos de la gran lucha por la emancipación religiosa de la humanidad. Hay numerosos ateos en nuestra sociedad, gentes que se pasan

sin dioses, sin clero, sin mentiras religiosas; pero son todavía más numerosos los que van a la iglesia y creen en la supervivencia del alma. En los primeros tiempos de esa lucha el ateísmo era castigado con la hoguera; la luz de la ciencia iluminó al mundo y los ateos aumentaron en número y en influencia. Ya no fué posible llevarlos a la hoguera, y la misma vida práctica buscó la solución en la libertad de cultos, en la tolerancia recíproca. Quizá ocurra algo parecido un día con los anarquistas. Cuando su número sea bastante elevado como para arrancar el derecho a vivir su vida, posiblemente se encontrarán en la posición de los ateos: dueños de disponer de sí mismos y de no rendir culto a ninguna autoridad. ¿Porqué no hemos de tener delante de los ojos más revoluciones que las de los jacobinos, las de las barricadas?

No decimos nada nuevo cuando en nuestro esfuerzo diario lo anteponeamos todo a la prédica en torno a la propaganda de las ideas, en torno a la formación de personalidades conscientes, focos a su vez de irradiación ideológica y de influencia moral superadora.

Tenemos fe en los hombres, en todos los hombres, pues a todos los consideramos capaces de una vida superior; pero para las tareas de la obra anarquista, de la propaganda y de la acción libertaria, no confiamos más que en los anarquistas.

De ahí que nuestro sumo interés consista en aumentar el número de los compañeros, en ver acrecentada nuestra potencia por la asociación de voluntades definidas y conscientes. Cuando advertimos que por una causa u otra esa labor primordial se descuida, pensamos que es nuestro deber recordarla. Como anarquistas que combatimos contra un régimen odioso de vida, el mayor interés nuestro es el de proselitismo; y todo debe subordinarse a ese imperativo.

Recordamos una larga y apasionada batalla hace una decena de años. Ninguna otra contienda nos ha llenado de tan viva satisfacción como aquella. Se trataba de hacer frente a una sugestión moscovita que se había apoderado de la gran mayoría del movimiento, digámoslo nuevamente, de la gran mayoría del movimiento. Bajo el señuelo de la "unificación del proletariado" se intentó desplazar la influencia anarquista en el movimiento obrero. Algunos procedían con plena conciencia, otros iban influenciados por esa idea aparentemente plausible.

Al principio, no todos comprendieron la maniobra; en el plano efectivo de la contienda éramos muy pocos. Hemos afrontado las consecuencias de la impopularidad, desmenuzando día a día el sofisma unionista, hasta que al fin los compañeros advirtieron la maniobra moscovita y se unieron a nosotros. Fueron dos años de combate apasionado e inolvidable.

¿Cuáles eran entonces nuestros argumentos? Nosotros defendíamos la orientación libertaria de los sindicatos, porque éstos llenaban así mejor su cometido para el presente y para el porvenir. Nuestros adversarios no veían más que la fuerza del número, la potencia de un movimiento obrero que abarcara centenares de millares de miembros. En cuanto a la orientación, cualesquiera que fuesen sus declaraciones teóricas, en la práctica las organizaciones irían a parar a manos de los que más respondieran al quietismo y al materialismo de la mayoría. Ante el ejemplo de los organismos mastodónticos europeos, no veíamos ninguna ventaja en renunciar a tener nuestros sindicatos propios, más pequeños pero más combativos y menos trabados por la lucha de tendencias.

Repetíamos todos los días: Ante el dilema de organización sin ideas y de ideas sin organización,

nos quedamos con lo último. Para nosotros valen más las ideas que el sindicato, y el sindicato vale en tanto que sirve de expresión práctica a nuestras ideas y a nuestras luchas. En lugar de la organización sin ideas preferimos las ideas sin organización y cuando hemos de sacrificar una u otra, sacrificamos sin vacilar la organización.

Hemos quedado fieles a las inspiraciones de aquella batalla de hace diez años y volvemos a repetir lo mismo, porque fuera de lo que hagamos en el sentido de despertar conciencia en los hombres, de aproximarlos en su mentalidad a nuestras aspiraciones, de arrancarlos de las tinieblas del error y de la servidumbre, todo lo demás es accesorio, contingente, secundario.

D. A. DE SANTILLAN.

La Revolución por Decreto

Invención morrocotuda de un literato boliviano

UN literato boliviano, Franz Tamayo, ha tenido una idea genial para hacerse famoso y salir del sofocador anonimato. Se ha hecho portavoz de un proyecto de ley, en favor del tiranicidio. La intención puede ser la mejor del mundo, pero el tiranicidio convertido en hecho legal es cosa que no se podía ocurrir más que al señor Franz Tamayo...

En la próxima asamblea legislativa, si el pueblo es tan ingenuo que se resuelve a votar la candidatura de Franz Tamayo, este señor defenderá su proyecto, cuyos primeros artículos dicen:

"Artículo primero. La república instituye la ley Capital como fundamento de toda democracia.

"Artículo segundo. La ley Capital consiste en el derecho individual que asiste a todo ciudadano de tiranicidio y punición sobre el tirano y sus cómplices..."

Pero ahora viene lo más curioso: para tener derecho al tiranicidio es preciso declarar en vigor de la ley Capital. Sin ello todo acto violento es un crimen común. ¿Y quién ha de declarar la vigencia de dicha ley? El jefe o los jefes reconocidos de la oposición.

Cuando el tiranicidio se comete legalmente, según las prescripciones del señor Tamayo, el tiranocida tendrá derecho a una estatua en vida en el recinto del parlamento nacional.

¡Qué genialidad! ¿Y qué jefe de oposición

no declararía en vigencia la ley Capital para apoderarse más rápidamente del poder? ¿Y quién nos garantizaría de que los jefes de la oposición no se entendiesen con la tiranía como tantas veces para no declarar la ley Capital? Y declarada la ley Capital, teniendo la tiranía en sus manos todos los recursos del Estado? ¿No sería más probable el opositoricidio que el tiranicidio?

Dejemos ya a un lado el hecho de la rebelión individual, que no puede someterse a leyes, que es cosa de la conciencia de cada uno, y que si es verdad que representa un freno contra las dictaduras y en defensa de lo que se llama democracia, es un arma que no puede entrar por su naturaleza misma en la categoría de las armas legalizables. Se legaliza el asesinato de los adversarios del gobierno, pero el asesinato de los gestores de la cosa pública será siempre antilegal, pues las leyes las hacen justamente, no los pueblos, sino los enemigos del pueblo.

El proyecto del señor Franz Tamayo es bueno para adquirir una triste celebridad, pero en la práctica si para algo vale es para demostrar que los tiranicidios, que en Grecia llegaron a suscitar estatuas para los héroes, tienen una función histórica que llenar, misión que le reconocen hasta los literatos de la categoría del autor de este proyecto morrocotudo.

Entre los considerandos de la ley en proyecto hallamos algunos, sin embargo, que entrañan una profunda verdad. Por ejemplo:

"Cuando la democracia está amenazada por las muchedumbres, la ciencia del derecho ha puesto un instrumento en manos de los gobiernos para salvarla, — son los estados de sitio que significan una apelación a la fuerza pura. Pero cuando la democracia está amenazada o destruida por los gobiernos mismos ¿qué instrumento han puesto la ciencia y la ley en manos de los pueblos para defender o restablecer la democracia destruida? — Hasta hoy ninguno. Ese siniestro vacío de la ciencia y de la ley debe colmarse con la ley Capital".

Eso es verdad, pero no puede ser de otro modo. Sólo las gentes que viven en Babilonia pueden pedir peras al olmo y al gobierno que cumpla funciones para las que no ha sido creado. El gobierno no es un órgano de los pueblos, sino de las minorías privilegiadas que explotan a los pueblos y viven de su ignorancia y del fruto de su trabajo. De ahí que contra el gobierno en sí y no sólo contra los llamados gobiernos tiránicos, no tienen los pueblos más defensa que la revolución, pero una revolución no puede hacerse por decretos de la oposición, sino por el despertar de la conciencia popular y por su rebelión.

Se podría escribir todo un libro sobre la proposición de la ley Capital, tantas son las consideraciones a que se presta. No nos es posible dedicarle más que este breve comentario para registrar la rareza de esa invención política para tratar de ir al parlamento en las próximas elecciones.

¡Por favor! Que nos dejen siquiera el derecho a la rebelión como acto legal, pues la legalidad que lo invade todo nos sofoca y nos mata.

No sentimos los anarquistas ningún escrúpulo ante el tiranicidio, pero el tiranicidio legal sería una monstruosidad que nos llevaría otra vez a la peor forma de convivencia política: la del continuo asesinato y la de la precaución extrema de los gobernantes para rodear su existencia de seguridades y garantías.

Los pueblos tienen siempre derecho al tiranicidio en defensa de su libertad y de su dignidad. Siempre lo tuvieron y, con la ley del señor Tamayo o sin ella, lo tendrán lo mismo. Pero es un derecho no codificado, sino que asienta en la conciencia de cada individuo sensible a las vejaciones de la tiranía.

La Industria del Vino

Los considerandos para su fomento

DE la mano de la situación de la industria vitivinícola podemos reflejar someramente el espíritu antisocial y antieconómico del sistema capitalista de producción. Como se sabe, algunas provincias de la Argentina, San Juan y Mendoza, reúnen condiciones inmejorables para la plantación de viñedos. Se han plantado viñedos en abundancia. Tras los viñedos las bodegas, la industria de la elaboración de vinos, el capitalismo vitivinícola, etc., etc. Hoy tenemos toda una potencia industrial y financiera interesada en el cultivo de los viñedos y en la fabricación de vinos.

La Argentina ocupa en ese aspecto el quinto lugar. Es un país productor de ganado, productor de trigo, pero también productor de vinos. Después de Francia, Italia, España y Argelia, viene la Argentina, con 10 millones de hectólitros. Se dice que los vinos argentinos son excelentes, pero las manipulaciones químicas

cas y los agregados nocivos suelen hacer del vino un verdadero veneno.

Se cultivan en este país 150.000 hectáreas de viña; hay unas 2.000 bodegas, y se hallan invertidos como 1.000 millones de pesos en la industria del vino.

Ahora bien; según se dice, hay superproducción; el consumo ha mermado; el pueblo no bebe todo lo que sería deseable desde el punto de vista de los interesados en el fomento de esa industria. De cada cosecha sobra gran cantidad de hectólitros y se ha presentado a la discusión en tono alarmante lo que esa superproducción significa. Cada partido da su opinión. Se trata de salvar a una de las industrias fundamentales del país. Sólo en Mendoza trabajan cien mil personas en ella, obteniendo como 100 millones de pesos en jornales. Se pagan por la industria vitivinícola alrededor de 24 millones de pesos en impuestos a la provincia, más unos 5 millones de impuestos municipales.

Los hombres de Estado defienden el vino nacional por los millones que proporciona al tesoro público; pero los socialistas acuden también con su granito de arena fundándose en que la crisis del consumo de vino dañaría a las cien mil personas que trabajan en los viñedos y bodegas de Mendoza.

El capitalismo es así. Se preocupa del sostenimiento de las industrias en las que invierte grandes capitales, sin preocuparse de si esas industrias son de alguna utilidad social o no. Cuando se propuso una vez al socialista Mac Donald la supresión de las construcciones navales, replicó que no era posible porque quedarían entonces sin trabajo muchos obreros. Es la respuesta de un socialista; la de los financieros que especulan con los armamentos habría tenido otro texto, pero la misma esencia.

La salvación de la industria del vino nacional no puede hacerse más que sobre la base del aumento del alcoholismo. Pero no habrá sin duda vacilación alguna. Se fomentará el alcoholismo. Así se matarán dos pájaros de un tiro: se reduce la capacidad moral de los hombres y sus posibilidades de resistencia al mal, y se salva una industria que proporciona magníficas ganancias al Estado y a los capitalistas que la explotan.

En un sistema racional de vida y de trabajo, se comenzaría por suprimir las industrias socialmente nocivas, como la del vino. Para ello es preciso una transformación tal que ponga las necesidades de los hombres y no las exigencias de las industrias en el centro de la economía.

Se ha hecho en Rusia una revolución política, pero no modificó nada o modificó muy po-

co la estructura social y económica. Tampoco en Rusia está el hombre con sus fuerzas y sus necesidades en el centro de la vida económica; también allí la industria es una entidad superior al individuo. Y como estamos hablando de vinos, digamos que si el Estado soviético percibía en concepto de impuestos a las bebidas alcohólicas en 1923-24 no menos de 47 millones de rublos, en 1927-28 percibió 728 millones. Un 12 por ciento de sus ingresos fiscales en 1927-28 procedían de los impuestos a las bebidas alcohólicas. De ese modo el Estado soviético tiene un interés directo en el fondo del alcoholismo; cuanto más bebe el pueblo, no sólo es más fácilmente gobernable, sino que más aumentan los ingresos fiscales. En 1927 hubo en Leningrado 113.000 detenidos por embriaguez. En Moscú hay unas 100.000 detenciones al año por igual motivo, en Riskow 40.000, etc. En toda la Unión de los soviets la cifra de los detenidos por embriaguez el año 1927 ascendió a unos 2 millones de personas. El 80 por ciento de los detenidos eran obreros.

Todo eso es perfectamente lógico. Si los intereses de la industria y del Estado están por encima del individuo, de su sentido moral, de sus necesidades reales, no queda otra salida: es preciso fomentar el vicio para que la industria viva, cuando se trata del vino, por ejemplo, como es preciso fomentar las masacres de los pueblos para sostener la industria de los armamentos y proporcionar buenos dividendos a los que invierten en la fabricación de armas sus capitales.

¿Cuándo reivindicará la humanidad una valoración nueva del trabajo? ¿Cuándo será el hombre concreto, como individuo o como grupo social, el centro y el animador de la vida económica, en lugar de serlo la camarilla de especuladores, o el núcleo de privilegiados cuyos intereses suelen estar siempre en contraste y en conflicto con los verdaderos intereses del individuo?



La Misión de los Anarquistas ^{por} Errico Malatesta

¿Qué debemos hacer?

He aquí el problema que se nos impone a nosotros, como a todos los que tienen ideas que realizar e intereses que defender, en todo momento de nuestra vida de partido.

Nosotros queremos abolir la propiedad individual y la autoridad, es decir, queremos expropiar a los dueños del suelo y del capital, y abatir el gobierno, y poner a disposición de todos la riqueza social para que todos puedan vivir a su modo sin otros límites que los impuestos por las necesidades naturales y sociales "libre y voluntariamente" reconocidas y aceptadas: queremos, en una palabra, actuar el programa socialista anarquista. Y estamos convencidos (la experiencia cotidiana nos confirma en esta convicción) que si los propietarios y los gobiernos defienden su dominio con la fuerza física, nosotros, para vencerlos, debemos necesariamente recurrir a la fuerza física, a la revolución violenta.

Por consecuencia, somos enemigos de todas las clases privilegiadas y de todos los gobiernos, y adversarios de todos los que, aun con buenas intenciones, tienden con su obra a debilitar las energías revolucionarias del pueblo y a substituir un gobierno con otro.

¿Pero qué debemos hacer para ponernos en condición de hacer nuestra revolución, la revolución contra todo privilegio y toda autoridad, y triunfar?

La táctica mejor sería hacer siempre y en todas partes la propaganda de nuestras ideas; desarrollar en los proletarios, con todos los medios posibles, el espíritu de asociación y de resistencia y suscitar en ellos cada vez mayores pretensiones; combatir continuamente todos los partidos burgueses y todos los partidos autoritarios permaneciendo indiferentes a sus querellas; organizarnos con los que están convencidos y se van convenciendo de nuestras ideas y proveernos de los medios materiales necesarios para la lucha; y cuando hayamos llegado a tener fuerza suficiente para vencer, levantarnos solos, por nuestra cuenta exclusiva, para actuar nuestro programa completo, o, más propiamente, conquistar para cada uno la entera libertad de experimentar, practicar o ir paulatinamente modificando el modo de vida social que crea mejor.

Pero, desgraciadamente, esta táctica no puede ser siempre rigurosamente seguida y es impotente para alcanzar su objeto. La propaganda sólo tiene una eficacia limitada, y cuando en un dado ambiente son absorbidos todos los elementos capaces por sus condiciones morales y materiales de comprender y aceptar un dado orden de ideas, poco más se puede hacer con la palabra y los escritos mientras una transformación del ambiente no haya elevado una nueva capa de la población a la posibilidad de apreciar aquellas ideas. La eficacia de la organización obrera es también limitada por las mismas razones que se oponen a la extensión indefinida de la propaganda y no sólo por los hechos económicos y morales de orden general que debilitan o neutralizan del todo los efectos de la resistencia de los trabajadores conscientes.

Una fuerte y vasta organización nuestra para la propaganda y para la lucha encuentra mil obstáculos en nosotros mismos, en nuestra falta de medios y sobre todo en las represiones gubernativas. Y aun suponiendo que fuese posible con el tiempo llegar, por medio de la propaganda y de la organización, a tener

la fuerza para hacer nosotros la revolución, directamente por el socialismo anarquista, se producen todos los días, y mucho antes de que hayamos llegado a tener esa fuerza, situaciones políticas en las cuales somos obligados a intervenir bajo pena no sólo de renunciar a las ventajas que se pueden sacar, sino también de perder toda influencia en el pueblo, de destruir una parte del trabajo hecho y de hacer más difícil el trabajo futuro.

El problema, pues, es encontrar el medio de determinar, en lo que está en nosotros, aquellas modificaciones de ambiente necesarias al progreso de nuestra propaganda y aprovechar las luchas entre los diversos partidos políticos y todas las ocasiones que se presentan sin renunciar a ninguna parte de nuestro programa y de modo de facilitar y acercar el triunfo.

En Italia, por ejemplo, la situación es tal que es posible, es probable, en tiempo más o menos breve, una insurrección contra la monarquía. Pero es cierto por otra parte que el resultado de esta próxima insurrección no será el socialismo anarquista.

¿Debemos tomar parte en la preparación y en la realización de esta insurrección, y cómo?

Hay algunos compañeros que piensan que no tenemos ningún interés en mezclarnos en un movimiento que dejará intacta la institución de la propiedad privada y servirá sólo para sustituir un gobierno por otro, es decir para hacer una república, que no sería menos burguesa y menos opresiva que la monarquía. Dejémoslos, dicen, que los burgueses y los aspirantes al gobierno se rompan los cuernos entre ellos, y nosotros continuemos por nuestro camino, haciendo siempre propaganda antipropietaria y antiautoritaria.

Ahora bien, la consecuencia de esa abstención nuestra sería, ante todo, que la insurrección sin el contingente de nuestras fuerzas tendría menos probabilidades de triunfar y por consiguiente por causa nuestra podría triunfar la monarquía, la cual, máximo en este momento que combate por la vida y se vuelve feroz por el miedo, cierra el camino a la propaganda y a cualquier progreso. Además, haciéndose el movimiento sin nuestro concurso, no tendremos influencia alguna sobre los acontecimientos ulteriores, no podremos sacar nada de las ocasiones que se presentan siempre en el período de transición entre un régimen y otro, estaremos desacreditados como partido de acción y no podremos por largos años hacer alguna cosa de importancia.

No es el caso de dejar que los burgueses se batan entre ellos, porque en un movimiento insurreccional la fuerza, por lo menos material, es siempre el pueblo quien la da, y si nosotros no estamos en el movimiento compartiendo con los combatientes los peligros y los éxitos y tratando de transformar el movimiento político en revolución social, ese pueblo no servirá más que de instrumento en manos de los ambiciosos que aspiran a dominarlo.

En cambio, tomando parte en la insurrección (insurrección que no tenemos la fuerza de hacer nosotros solos) y tomando la parte más grande posible tendremos la simpatía del pueblo insurgente y podremos llevar las cosas lo más adelante posible.

Sabemos muy bien, y no cesamos nunca de decirlo y de demostrarlo, que república y monarquía se equi-

valen y que todos los gobiernos tienen igual tendencia a agrandar su poder y a oprimir cada vez más a los gobernados. Pero sabemos también que cuanto más débil es un gobierno, cuanto más fuerte es la resistencia que encuentra en el pueblo, tanto más grande es la libertad y la posibilidad de progresar. Contribuyendo de modo eficaz a la caída de la monarquía podríamos oponernos con más o menos eficacia a la constitución o a la consolidación de una república, podríamos permanecer armados y negar obediencia al nuevo gobierno, como podríamos aquí y allí hacer tentativas de expropiación y de organización anarquista y comunista de la sociedad. Podríamos impedir que la revolución se detenga en su primer paso y que las energías populares, despertadas por la insurrección, se adormezcan de nuevo. Cosas todas que no podríamos hacer, por obvias razones de psicología popular, interviniendo después, cuando la revolución contra la monarquía estuviese hecha y hubiese vencido sin nosotros.

Impulsados por estas razones, otros compañeros quisieran que dejásemos de lado por el momento la propaganda anarquista y nos ocupásemos sólo de la lucha contra la monarquía, para luego, triunfante la insurrección, recomenzar nuestro trabajo especial de

anarquistas. Y no piensan que si nosotros nos confundiésemos hoy con los republicanos, trabajaríamos en beneficio de la próxima república, desorganizaríamos nuestras filas, confundiríamos la mente de los nuestros y no tendríamos luego, cuando quisiéramos, la fuerza de impedir que la república se haga y se fortifique.

Entre estos dos errores opuestos, el camino que debemos seguir nos parece claro.

Debemos concurrir con los republicanos, con los socialistas democráticos y con cualquier partido antimonárquico a abatir la monarquía; pero debemos concurrir como anarquistas, en interés de la anarquía, sin descompañar nuestras fuerzas ni confundirlas con las de los otros, y sin contraer ningún compromiso que vaya más allá de la cooperación en la acción militar.

Sólo así podemos, según nosotros, tener, en los próximos acontecimientos, todas las ventajas de una alianza con los otros partidos antimonárquicos sin renunciar a ninguna parte de nuestro programa.

Errico MALATESTA.

(De "La Questione Sociale", periódico socialista anarquista, de Paterson, N. Y. (Estados Unidos). — Septiembre-octubre de 1899).

J U V E N T U D

p o r J E A N G R A V E

Vino entonces la declaración de la guerra. El imperio, enfermo, contaba rehacerse en ella una virginitad. Su tentativa de liberalismo no había conseguido más que permitir a todos los descontentos ver la luz del día.

Se conocen las consecuencias: catástrofe sobre catástrofe, a pesar del entusiasmo que habían desplegado las "blusas blancas" sobre los boulevares. Sin embargo no había más que las blusas blancas para el chauvinismo.

En el cuartel de la rue de Lourcine que, según me dijo un día el escultor Alexandre Charpentier, habría sido cuartel de los Mosqueteros grises, y donde se equipaba a los regimientos enviados a la matanza, había siempre una pequeña muchedumbre para aclamar los regimientos que venían y se iban. Estuve allí varias veces. Se aclamaba pero no se gritaba: "¡A Berlín!"

Blanqui, que en aquella ocasión careció de sentido psicológico, ensayando su movimiento demasiado pronto, había decidido que se atacase a ese cuartel. Eso debía tener lugar en jueves. Por no sé qué razón el ataque fué postergado a último momento y remitido al domingo siguiente. Pero esta vez contra los bomberos de la Villette.

Se sabe cómo fracasó.

Mi padre, que formaba parte de una de las secciones, y había confiado a mi madre que la fecha se había modificado, sin especificar cuándo debía tener lugar, se había ido el domingo por la mañana, sin decir a dónde, pero no viéndole volver, no se engañó sobre los motivos de su ausencia. Tanto más cuanto que no tardó en llegar la noticia del ataque al barrio.

Se había atacado el cuartel de bomberos de la Villette. Había habido muertos. Se había detenido a dos de los insurrectos — se trataba de Eudes y de Bri-

deau — estaban armados de puñales y de revólveres... Y los relatos asumían proporciones fantásticas.

En realidad los revólveres eran armas de fuerte calibre, llamadas de ordenanza, los puñales eran fuertes láminas triangulares, con puño de fundición y, yo lo creo así, más propias para apalear que como armas perforantes.

Mi madre no estaba tranquila. Al fin volvió mi padre salvo, calmando la inquietud de mi madre.

Las derrotas continuaban. Luego, como un mazazo, la noticia que parecía inverosímil, el rendimiento del emperador, en Sedán, con 150.000 hombres. El 4 de septiembre, el imperio fué barrido. Algunos llamados republicanos — aceptados erróneamente como tales — calzaron los zapatos del imperio y... continuaron.

Se demolicieron las N que adornaban los edificios públicos. Se cortó la cabeza a las águilas que tenían el mismo empleo. La guardia de París se convirtió en Guardia municipal y los Sergents de Ville se convirtieron en Guardianes de la Paz. En lugar de una indumentaria de cola, endosaron la librea del Guardia nacional, su bicorneo fué reemplazado por un képi, rodeado de una banda blanca. Fueron operados algunos otros cambios igualmente importantes. ¡Estábamos en república!

Y las derrotas continuaban. Un día se tuvo el pá-nico del Plateau de Chatillón. Zuavos, soldados de infantería y móviles, se decía, se habían salvado con la fuga.

No teniendo más trabajo mi patrón, yo había sido "despedido". Es así como se os pone en la puerta. Se es cortés con los patrones. Yo erraba por las calles de París en busca de un amo, cuando, al pasar por cerca de la Place Vendôme, choqué con una multitud que gritaba: ¡A muerte! ¡A muerte!

Eran fugitivos — o llamados tales — del plateau

de Chatillon que se conducía a la plaza. Estaban allí, no sé cuántos. Quizás treinta o cuarenta. Sobre sus espaldas estaba el capote dado vuelta, con la visera del kópis hacia atrás, sobre la nuca. Rodeados de otros soldados que les llevaban con la bayoneta calada, iban, silenciosos, entre las vociferaciones de la multitud, sombrías, irritadas.

Y con mi gran vergüenza ahora, debo confesar que mi primer impulso fué el de hacer cojo con la muchedumbre. Lancé dos o tres miserables gritos: ¡A muerte!

Pero, sin embargo, no salían bien. La figura trágica de esos pobres diablos me quitaba todo entusiasmo. No tuve mucho tiempo el deseo de seguir a la muchedumbre, a la que dejé alejarse.

Siempre que me recuerdo de esa escena, al volver a ver esas figuras trágicas, no estoy orgulloso de mí. En cuanto a la muchedumbre, es a veces feroz, impulsiva, demasiado a menudo inconsciente.

Habiendo decidido el nuevo gobierno o, más bien, consentido ensanchar las filas de la Guardia nacional, incorporándole todos los voluntarios en estado de llevar las armas, cualquiera que fuese su estado social, incité a mi padre para que me hiciese inscribir en su compañía. Pero el capitán me halló demasiado joven, al ver mi apariencia.

Un poco más tarde, vagando a través de las calles, ví murales que apelaban a los jóvenes de mi edad para hacerse inscribir en la alcaldía del V. para formar un cuerpo de exploradores. El mural estaba firmado Henry Bauer que, él mismo, podía tener en esa época uno diez y ocho años. Más de una vez le había sentido tomar la palabra en los clubs que, después del 4 de septiembre, se habían fundado en diversos barrios, donde quiera que había salas de reunión.

Sin perder tiempo, y sin pedir la opinión de nadie, corrí a la alcaldía a hacerme inscribir. Fui reprimido un poco en la casa, pero no demasiado. Esperaba que se me llamase para ser armado. Fuimos convocados una vez en la Plaza de la Concordia para ser revistados, pero es todo lo que se hizo.

Los víveres se volvían raros. Se encontraban patatas, pero a precios inabordable para gentes como nosotros.

En los comienzos del asedio, una multitud de gentes había ido a merodear en los campos abandonados por los campesinos que se habían refugiado en París, sin tener tiempo para hacer la cosecha.

Nosotros fuimos también con mi padre. Pero como los carabineros de Offenbach, un poco tarde, no hicimos sino miserables cosechas. Trajimos, sin embargo, algunas patatas.

Una vez llegamos incluso hasta los puestos avanzados. Por lo demás no éramos los únicos. Hubo, en diversas ocasiones, no pocos muertos y heridos. Se pretendía que hubo quien pasó las líneas, llevando periódicos e informes a los alemanes. ¿Qué había de verdad en esos rumores?

La vez de que hablo llegamos hasta la línea de los tiradores. Uno de ellos estaba emboscado detrás de un árbol. De tanto en tanto oíamos las balas silbar por sobre nuestras cabezas.

Habiendo preguntado al soldado si se podía avanzar más allá de la línea de tiradores, nos respondió con no sé qué chiste, significando que se podría avanzar, pero a nuestro riesgo y peligro, con la probabilidad de encontrar lo que, sin duda, no buscábamos.

Hechas todas las reflexiones, volvimos a París, pero ese día la cosecha fué más pobre todavía.

Pero habiendo hecho el gobierno un fuerte pedido

de calzado para la tropa y la Guardia nacional, dejamos la agricultura para volver al banquillo. Y desde el momento que había trabajo y se podía ganar dinero mi padre detuvo una nueva tentativa que quería hacer para inscribirse en no sé qué otro cuerpo franco.

Es por "Le Vengeur" de F. Pyat como la población supo la rendición de Metz por Bazaine, ocultada por el gobierno y hasta desmentida cuando Pyat la divulgó en su periódico, lo que casi lleva al lynchamiento de Pyat. Lynchamiento simuladamente y patrióticamente insinuando por el desmentido gubernamental. No escapó más que porque estaba ausente de su periódico cuando fué invadido por la multitud en delirio.

Fué Flourens el que había instruido a Pyat de la traición de Bazaine, habiendo recibido él mismo el hecho de Rochefort que apoyaba a las "inutilidades" en el gobierno llamado — ¿por burla, sin duda? — de la Defensa nacional.

Si la población parisién no pensaba más que en defenderse, era evidente que esa no era de ningún modo la intención del gobierno, que hacía todo lo que estaba en su poder para disgustarla de esa ridícula idea, no esperando más que el "momento psicológico" para capitular.

Se carecía de cañones, fueron hechas suscripciones en los batallones de la Guardia nacional para hacerlos fundir. Cada batallón tuvo sus piezas.

En cambio, sin duda, el gobierno contaba al respecto con que el ejército activo no pedía más que terminar, pero al modo de MacMahon y de Bazaine.

Siempre que los destacamentos de los dos cuerpos se encontraban, la Guardia nacional, era acogida por la tropa a los gritos de "los outrances" o los "treinta dineros".

Jules Favre iba, de tanto en tanto, a llorar en el chaleco de Bismarck para pedirle que tuviera paciencia todavía, pues se acercaba la hora propicia y el siniestro canalla de Thiers iba en persona a humillar la república por las cortes europeas, implorando un socorro que sabía no había de obtener.

La traición de Bazaine que, al fin, se estuvo forzado a confesarla, suscitó un movimiento de indignación en la población. El 31 de octubre el Hotel-de-Ville fué invadido por las Guardias nacionales, el gobierno fué hecho prisionero por el demasiado inocente Flourens que, en lugar de hacerlo fusilar — lo que habría sido una sana medida — se contentó con guardar a sus miembros en una pieza del Hotel-de-Ville. Luego creyéndose dueños de la situación los batallones revolucionarios volvieron a su casa, dejando muy poca gente en el Hotel-de-Ville, mientras que un nuevo gobierno, al tratar de constituirse, perdía el tiempo en discutir y en escribir proclamas, en lugar de rodearse de fuerzas necesarias y ocupar los puntos estratégicos.

Menos torpes, los reaccionarios no perdieron el tiempo. J. Ferry, que había logrado escapar, hizo reclutar gentes en los barrios reaccionarios, reunió tropas, invadió el Hotel-de-Ville por un subterráneo que unía con el cuartel Lobau. Libró a sus cómplices e hizo prisionero al nuevo gobierno que continuaba... deliberando.

Pero como la cosa no estaba segura todavía, entró en arreglos. Ninguna persecución se haría contra los que habían tomado parte en los acontecimientos de la jornada. Los electores serían llamados en breve plazo para nombrar un Consejo comunal. El todo ratificado por los miembros del gobierno liberado.

¡Palabra de honor de políticos! Los electores no fueron convocados, y todos los revolucionarios que no tuvieron la precaución de ponerse al abrigo fueron detenidos y enviados a Vincennes para pasar al Consejo de guerra.

Un amigo, llamado Baillet, a quien conocí más tarde, y que, siendo un poco más viejo que yo, había tomado parte en la agitación del fin del imperio, después de Gambetta, me contó un hecho al cual había asistido y que demuestra que, a veces, era preciso muy poco para que la historia tomase otro curso.

En la tarde del 31 de octubre se tocó la generala en el distrito XIII. Los batallones, respondiendo al llamado, se habían reunido y se pusieron en marcha hacia el Hotel-de-Ville. Pero, llegados a la altura de la alcaldía, salió un oficial. El famoso teniente-coronel Montaud, si mis recuerdos son exactos. Hizo hacer alto a los batallones, comprometiéndoles a enviar delegados a la alcaldía bajo pretexto de una comunicación.

Tontos, como lo son muy a menudo los revolucionarios tuvieron la ingenuidad de escucharle.

Se trataba de disuadirles de ir al Hotel-de-Ville. Según Montaud eso era perfectamente inútil. Los revolucionarios, tenían número, el gobierno que habían nombrado trabajaba, valía más asegurar el orden en su distrito.

He olvidado lo que se dijo, pero he conservado un fiel recuerdo de la consecuencia.

Mientras que hablaba Montaud, uno de los guardias que había seguido a los delegados, un amigo de Baillet, sacó su revólver e hizo señas a Leo Meillet si debía echar abajo al orador.

Maillet lo calmó con un gesto. Y el resultado fué que, más o menos convencidos, los batallones volvieron a su casa, cuando su presencia en el Hotel-de-Ville habría podido cambiar el curso de los acontecimientos.

Si en lugar de pedir la opinión de Maillet, el amigo de Baillet hubiese echado abajo al individuo, según su intuición, la historia de Francia habría podido ser modificada.

Los acontecimientos siguieron su curso: para abatir el ardor de las Guardias nacionales, se les lanzó, mal preparadas, mal sostenidas, al asalto de Buzenval, de Bourget, donde, contra las previsiones de los que las habían lanzado al matadero, hicieron maravillas, apoderándose de las posiciones, donde se les dejó ante el fuego del enemigo, sin refuerzo, sin sostén, cuando, como por costumbre, no lejos de allí, otros batallones, bajo el fuego de los alemanes, esperaban órdenes que no llegaban.

Y como esos entusiastas no retrocedían ellos mismos, vino la orden de evacuar y de batirse en retirada.

Llegó, al fin, el bombardeo. Una mañana, al despertarme, hallé toda la casa revuelta. Los locatarios en el patio o interperándose por las ventanas. Toda la noche las bombas, silbando por encima de la casa, habían sido oídas, así como su explosión, signo de que no estallaban lejos.

Bombas o no bombas, era preciso ir a hacer cola en las panaderías y carnicerías como si no hubiese nada. Era la parte que me correspondía. Por lo demás, eso no me desagradaba. ¿Quién sabe? Quizás tendría así la probabilidad de ver una de esas famosas bombas y de traer algún recuerdo a casa. Un bello resplandor de obús, sino el obús entero.

Pero no tuve la suerte que esperaba. Todo lo que recogí fueron dos o tres fragmentos insignificantes.

Mis padres, con los vecinos de la casa, resolvieron refugiarse en las catacumbas. Las había cerca, en la calle, frente a la rue Dauberton. Mis probabilidades de reunir recuerdos de las explosiones fueron disminuidas así.

Después de una última derrota preparada por el gobierno y por los generales del imperio, juzgando éstos a la población bastante abatida, anunciaron la preparación del armisticio, prefacio de la capitulación.

Esto produjo un último sobresalto de parte de la población. El 22 de enero algunos batallones, exasperados, fueron al Hotel-de-Ville. Pero el gobierno había tomado sus medidas. Móbiles bretones estaban emboscados en las construcciones próximas al Hotel-de-Ville. En estos otros móbiles, comandados por Chaudéy — discípulo de Proudhon — no esperaban más que la orden de hacer fuego sobre esos "braillards", por culpa de los cuales se había prolongado la guerra.

Cuando las Guardias nacionales se aproximaron, fueron recibidos por un tiroteo nutrido. Y como el movimiento había tenido lugar sin entente, el gobierno triunfó. Durante algunos días, se resolvió oponerse a esta última vergüenza.

Luego, por fin, vino el rumor de que, en su recorrido, el gobierno había dejado montones de cañones, cuya mayor parte pertenecían a la Guardia nacional, sin contar las piezas de baluarte. Fué como una inundación. Hombres, mujeres, niños se precipitaron hacia el emplazamiento de los cañones. Quizás se tomaron los que estaban fuera del alcance de los alemanes. Se transportó las piezas a la cuesta del Montmartre o a Plaza del Vosges.

En fin, con razón o sin ella, los pacificadores hicieron comprender que la partida estaba liquidada, que sería una locura querer oponerse a la entrada de los alemanes a quienes el gobierno había entregado ya los fuertes que dominaban a París. Se decidió entonces que serían colocadas en los Campos Elíseos, de donde no podrían salir más que por paquetes y encuadrados para visitar el Museo del Louvre.

El paso bajo el Arco del Triunfo fué obstruido para que no pudiesen desfilar. Un cordón sanitario de centinelas rodeó el espacio donde debían ser colocados, y el vencedor hizo así, de un modo poco brillante, su ocupación de París, apresurándose, por lo demás, a abreviar su permanencia.

Después de la toma de los cañones vino el turno a la toma de los puestos de policía. Cada día, se presentaban ante los puestos que querían ocupar y, de grado o por fuerza, los sergents debían ceder el puesto.

Luego vinieron las manifestaciones en la columna de Julio, que se renovaban todos los días. Del zócalo hasta la punta, la columna fué cubierta de coronas de inmortales y de banderas rojas, mientras que, subidos sobre el zócalo, los radores apelaban a los sentimientos revolucionarios de la muchedumbre. Hasta vinieron delegaciones de la tropa.

Dos o tres espías que fueron sorprendidos tomando notas, fueron arrojados al canal.

Apenas firmado el armisticio, las provisiones que habían faltado todo lo largo del asedio, hicieron su aparición en los negocios, mucho antes de que las relaciones hubiesen sido restablecidas con las provincias. Algún tiempo después de la Halle aux Guires salían las vituallas a montones, que se hubiesen dado podrá antes que entregarlas a los parisienses.

Cuando las relaciones fueron restablecidas, el primer pan que se fabricó con harina no falsificada, nos pareció una exquisitez. Eso no duró mucho tiempo, por lo demos. No he comido tan bien más que en Cherbourg, cuando fui a cumplir allí mis veintiocho días.

HERBERT SPENCER EL DERECHO DE IGNORAR EL ESTADO



HERBERT SPENCER

Estas páginas de Spencer pertenecen a su obra *SOCIAL STATICS*, escrita en 1850. El presente capítulo fue suprimido por el autor en la edición corregida en 1892, sin aducir las razones que lo movieran a hacerlo. Fue más tarde publicado en folleto por la publicación inglesa *FREEDOM* y luego traducido al francés por M. Devaldés, de cuya versión nos hemos valido.

* * *

Como corolario de la proposición de que todas las instituciones deben estar sometidas a la ley de igual libertad, debemos necesariamente admitir el derecho del ciudadano de ponerse voluntariamente fuera de la ley. Si cada uno es libre de hacer lo que quiera, con tal que no restrinja la misma libertad de otro, ha de ser igualmente libre de cortar toda relación con el Estado, de renunciar a la protección de éste, negándose también a contribuir a su sostenimiento. Es evidente que obrando de tal modo, no lesionaría en manera alguna la libertad de los demás, pues su actitud sería pasiva y en tanto permaneciera así, no se le podría considerar como agresor. Es igualmente evidente que nadie puede ser obligado a continuar formando parte de una comunidad política sin violación de la ley moral, puesto que la condición de ciudadano implica el pago de impuestos y que la toma de bienes de un hombre contra su voluntad es una infracción a sus derechos. Siendo el gobierno simplemente un agente empleado en común por cierto número de individuos para asegurar de-

terminadas ventajas, la naturaleza misma de esta relación supone que cada uno puede aceptar o no el empleo de tal agente. Si alguien resuelve desconocer aquella confederación de seguridad mutua, nada habría que objetarle, excepto que perdería todo derecho a sus buenos oficios, exponiéndose a los consiguientes peligros, cosa que es perfectamente dueño de hacer si así le agrada. No se le podría retener a la fuerza dentro de una combinación política sin violación de la ley de igual libertad; cualquiera puede retirarse de ella sin cometer ninguna violación de ese género; existe pues el derecho de retirarse.

"Ninguna ley humana es válida si ella es contraria a la ley de la naturaleza y aquellas de la leyes humanas que son válidas, toman toda su fuerza y su autoridad, mediata o inmediatamente, de ese original". Así escribía Blackstone, a quien pertenece el honor de haber sobrepasado en este punto las ideas de su tiempo, — y aun las de nuestro tiempo. Es ese concepto un buen antídoto contra las supersticiones políticas que tanto prevalecen; un buen freno a la adoración del poder que nos extravía llevándonos a exagerar las prerrogativas de los gobiernos constitucionales, como antes las de los monarcas. Que los hombres sepan que un poder legislativo no es "nuestro Dios sobre la tierra", puesto que, por la autoridad que le atribuyen y por las cosas que de él esperan, parecería que así lo creyeran. Más aún, que sepan que se trata de una institución sirviendo para fines puramente temporarios y cuyo poder, cuando no es usurpado, es por lo menos, prestado.

¿Acaso no hemos constatado que el gobierno es esencialmente inmoral? ¿No es acaso una consecuencia del mal que ostenta las señales de su crimen? ¿No debe su existencia a la existencia del crimen? ¿No es tanta mayor su fuerza, esto es, su despotismo, cuanto mayor es la magnitud del crimen? ¿No hay más libertad es decir menos gobierno — a medida que el crimen disminuye? ¿Y no debe cesar el gobierno cuando cesa el crimen, por falta de objeto sobre el cual ejercer su función? No solamente el poder de los amos existe a causa del mal, sino que existe por el mal. La violencia es empleada para mantenerlo y toda violencia entrafía criminalidad. Soldados, policías y carteleros, espadas, fusiles y cadenas son instrumentos para infligir penas y toda inflicción de pena es, por esencia, injusta. El Estado emplea las armas del mal para subyugar el mal y es contaminado tanto por los objetos sobre los cuales actúa como por los medios de que se vale. La moralidad no puede reconocerlo, pues siendo ella expresión de la ley perfecta, no puede dar apoyo a lo que sólo ha de crecer y desarrollarse violando dicha ley. Por eso la autoridad no puede nunca ser moral, sólo ha de ser siempre convencional.

Hay, por consiguiente, cierta inconsecuencia en la tentativa de determinar la posición, la estructura y la conducta justa de un gobierno, refiriéndose a los primeros principios de la equidad; pues, como aca-

ba de demostrarse, los actos de una institución imperfecta por naturaleza y por origen, no pueden estar acordes con la ley perfecta. Todo lo que se puede establecer: primero, en qué situación debe colocarse un poder legislador respecto a la comunidad, para no significar con su sola existencia, la injusticia personificada; segundo, de qué manera debe aquél estar constituido a fin de mostrarse lo menos posible en oposición con la ley moral; y tercero, a qué esfera deben estar limitadas sus acciones para impedir que se multipliquen las violaciones de la equidad, para cuya prevención se le ha instituido.

La primera condición a que debe someterse el establecimiento de un poder legislador sin violar la ley de igual libertad, es el reconocimiento de un derecho hoy en discusión, — el derecho a ignorar el Estado.

Los partidarios del despotismo puro pueden perfectamente imaginarse que el control del Estado debe ser ilimitado e incondicional. Quienes afirman que los hombres existen para los gobiernos no los gobiernos para los hombres, están en su lugar sosteniendo que nadie puede situarse fuera de los límites de la organización política. Pero los que admiten que el pueblo es la única fuente legítima de poder, — que la autoridad legisladora no es original sino delegada, — esos no podrán negar el derecho de ignorar el Estado, sin encerrarse en un evidente absurdo.

Si la autoridad legisladora es delegada, se deduce que aquellos de quienes procede son los mandantes de los que la ejercen; se deduce además que como mandantes han conferido dicha autoridad voluntariamente, lo cual implica que pueden entregarla o retirarla según les plazca. Calificar de "delegado" lo que es arrancado a los individuos, querían o no, sería absurdo. Y lo que es cierto respecto a la colectividad lo es también respecto al individuo en particular. De igual modo que un gobierno no puede en justicia obrar en nombre del pueblo, sino está autorizado por éste, tampoco puede hacerlo por el individuo si éste no consiente en ello. Si A, B y C deliberan sobre la conveniencia de emplear un agente para el cumplimiento de cierta función y si A y B deciden emplearlo, mientras C es de opinión contraria, C no puede equitativamente ser considerado como parte de la convención en contra de su voluntad. Esto es igualmente cierto para treinta personas como para tres: ¿y por qué no había de ser lo mismo para tres cientos o tres mil o tres millones?

De las supersticiones políticas a que nos hemos referido anteriormente, ninguna se halla tan difundida como aquella que considera a las mayorías como todopoderosas. Bajo la impresión de que el mantenimiento del orden exigirá siempre que el poder esté en manos de algún partido, el sentido moral de nuestro tiempo juzga que tal poder no debe ser conferido sino a la parte mayor de la sociedad. Se interpreta literalmente el aforismo: "La voz del pueblo es la voz de Dios" y atribuyendo a aquél la santidad asignada a éste, se concluye que la voluntad del pueblo — es decir de la mayoría — es algo inapelable. No obstante tal creencia es enteramente falsa.

Suponed por un instante que un poder legislativo, acometido de pánico maltusiano, proyectara ordenar que todos los niños al nacer en los próximos diez años fueran ahogados. ¿Pensaría alguien que tal acto legislativo sería defendible? Y si no hay evidentemente un límite al poder de la mayoría. Suponed aún que de dos razas de un mismo país — celtas y sajones, por ejemplo — la más numerosa decidiera convertir a los individuos de la otra en sus esclavos.

¿Sería válida en tal caso la autoridad del mayor número? Si no lo fuera, es que hay algo a lo cual su autoridad debe estar subordinado. Suponed una vez más que todos los que tuvieran una entrada anual menor de cincuenta libras esterlinas resolvieran reducir a esta cantidad los beneficios particulares que la sobrepasen dedicando el excedente a usos públicos. ¿Sería justa su resolución? Si no, debe reconocerse por tercera vez que existe una ley que debe primar sobre la voz popular. Esta ley no es otra que la ley de la pura igualdad, la de libertad igual. Las limitaciones que se han de colocar a la voluntad de la mayoría son justamente las limitaciones que esta ley fija. Negamos a la mayoría el derecho de asesinar, de esclavizar o de robar, simplemente porque el asesinato, la esclavitud y el robo son violaciones de dicha ley, violaciones demasiado flagrantes para ser despreciadas. Pero si las grandes violaciones de aquella ley son inicuas, las más pequeñas también lo son. Si la voluntad del mayor número no puede anular el primer principio de moralidad en los casos supuestos, tampoco lo puede hacer en ningún otro caso. De modo que por insignificante que sea la minoría subyugada y por mínima que fuera la transgresión de sus derechos, esto no puede ser considerado justo.

Cuando hayamos establecido una constitución perfectamente democrática, piensa el reformador democrático, habremos puesto el gobierno en armonía con la justicia absoluta. Semejante fe, aunque pueda ser necesaria para la época, es completamente errónea. De ningún modo puede ser equitativa la coerción. La forma de gobierno más libre es sólo la que provoca menos objeciones. A la dominación de la mayoría por la minoría se la llama tiranía; en el caso inverso, cuando la mayoría domina a la minoría, sucede lo mismo, hay también tiranía aunque de naturaleza menos intensa. "Haced lo que nosotros queremos y no lo que vosotros queréis" es la orden hecha en uno y otro caso; si cien individuos la dirigen a noventa y nueve en lugar que los 99 la dirijan a los 100, la inmoralidad es sólo menor en una fracción. De las dos partes semejantes, cualquiera que diese la orden imponiendo su ejecución, viola necesariamente la ley de igual libertad, con la diferencia de que en un caso se viola en las personas de 99 individuos mientras en el otro lo es en las de cien. El mérito de la forma democrática consiste únicamente en esto: que ofende al menor número.

La misma existencia de mayorías y minorías es el índice de un estado inmoral. Hemos visto que el nombre cuyo carácter armoniza con la ley moral puede obtener su felicidad sin amenguar la de sus semejantes. Pero el establecimiento de convenios públicos por medio del voto implica una sociedad compuesta por individuos inspirados en otro sentido — implica que los deseos de unos no pueden ser satisfechos sin el sacrificio de los deseos de otro — implica que en la persecución de su bienestar, la mayoría inflige cierta suma de "malestar" a la minoría, implica por consiguiente una inmoralidad orgánica. Así, desde otro punto de vista, descubrimos nuevamente que aun en su forma más equitativa, es imposible al gobierno disociarse del mal; y además, que a menos de que el derecho de ignorar el Estado sea conocido, los actos de éstos serán esencialmente criminales.

* * *

Que un hombre es dueño de renunciar a los beneficios de la condición de ciudadano, rehusando también contribuir a las cargas correspondientes, puede, en verdad, ser inferior de las opiniones admitidas co-

munmente y consagradas por ciertas autoridades. Probablemente sin estar preparados para una doctrina tan avanzada como la que aquí sostenemos, los liberales, sin saberlo quizás, expresan su fe política en una máxima que evidentemente da cuerpo a dicha doctrina. ¿No les oímos citar continuamente la afirmación de Blackstone según la cual "ningún súbdito inglés puede ser obligado a pagar impuestos ni siquiera para la defensa del reino o el sostén del gobierno, salvo los que se ha impuesto por propio consentimiento o por el de su representante en el Parlamento"? Y esto, ¿qué significa? Significa, dicen ellos, que cada hombre debe tener derecho al voto. Sin duda alguna; pero significa algo más. Si hay algún sentido en esas palabras, ellas son una enunciación clara del derecho que aquí defendemos. Afirmando que un individuo no debe pagar impuestos sin su consentimiento directo o indirecto, se afirma que él puede negarse a pagar impuestos; y hacer esta negación significa romper toda conexión con el Estado. Se dirá quizás que ese consentimiento no es específico, sino general y que el ciudadano ha entregado su consentimiento tácito a todo lo que pudiera decidir su representante, en el acto de votar. Pero considerad que no haya votado por los electos, sino por otros que sostenían ideas opuestas. La réplica será, probablemente, que tomando parte en una elección, ha convenido tácitamente atenerse a la resolución de la mayoría. ¿Y si no ha votado? Pues entonces no tendrá derecho a quejarse de ningún impuesto, ya que no levantó ninguna reclamación. Así, resulta curiosamente, que habría dado su consentimiento, sea que haya dicho "Sí", que haya dicho "No" o que haya permanecido neutro. ¡Vaya una rara doctrina! He ahí un pobre ciudadano a quien se ha preguntado si quiere pagar por cierto servicio y tanto si ha empleado el solo medio de expresar su negativa, como si no lo ha empleado, se llega a la conclusión de que acepta, sólo porque el número de los que aceptan es mayor que el de los que se niegan. Llegamos al extraño principio de que el consentimiento de A no es determinado por lo que A dice, sino por lo que B podrá decir.

Predomina una extraña heterogeneidad en nuestras creencias políticas. Sistemas que estuvieron en auge y que comienzan a decaer, son refaccionados con ayuda de ideas modernas desemejantes en calidad y contenido. Se veneran aún esos sistemas con cierta solemnidad que no tiene conciencia de su ridículo. El presente estado de transición, participando del pasado y del futuro, da nacimiento a teorías híbridas donde se manifiesta un conjunto disparatado del antiguo despotismo y de la libertad futura. Tenemos tipos de organización caducos, curiosamente disimulados bajo principios nuevos; existen particularidades que muestran un estado superado, modificado por rudimentos de algo que está por venir, presentando un conjunto tan caótico, que parece imposible destacar las características netas de la época.

Como las ideas deben necesariamente sufrir la maduración del tiempo, es vano lamentar el acatamiento que gozan ciertas creencias absurdas. Por otra parte, sería deplorable que los hombres no continuaran hasta el fin la encadenación de razonamientos que los han llevado a algunas modificaciones parciales. En el caso presente, por ejemplo, la lógica los obligaría a admitir que en otros aspectos ellos sostienen opiniones y emplean argumentos en los cuales el derecho a ignorar el Estado se halla contenido.

¿Qué otra cosa significa el no conformismo? Hubo

un tiempo en que la fe religiosa y el culto de un individuo eran determinables por la ley, al igual que sus actos seculares; aun existen en nuestras leyes algunas disposiciones en ese sentido. Sin embargo, gracias al desarrollo del espíritu protestante, hemos llegado a ignorar el Estado en esa materia, — enteramente en teoría y parcialmente en la práctica. Pero ¿de qué modo? Adoptando una actitud que, si se mantuviera de acuerdo a su principio, implicaría afirmar el derecho de desconocer el Estado completamente. Observad el caso: "He aquí vuestro credo", dice el legislador, "debéis creer y profesar públicamente lo que aquí hemos fijado para vosotros". "No lo haré de ningún modo", responde el no conformista, "prefiero ir a la prisión".

— "Vuestros actos religiosos", continuaba el legislador, "serán los que os hemos prescrito; iréis a las iglesias que nosotros hemos fundado y adoptaréis las ceremonias que allí se celebren". "No lo haré jamás", era la respuesta; "niego absolutamente vuestro derecho de dictarme nada en esta materia y me propongo resistir hasta el último extremo". "En fin, os exigimos pagar el dinero que sea necesario para el sostén de esas instituciones religiosas" agregaba el legislador, "No abonaré un centavo", afirmaba nuestro obstinado no conformista; "aun si creyera en vuestros dogmas, lo que no es verdad, me rebelaría contra vuestra intervención y si me hacéis pagar será a la fuerza y contra mi protesta expresa".

¿Qué representa este modo de obrar considerado en abstracto? La afirmación del individuo del derecho de ejercer una de sus facultades — el sentimiento religioso — con toda libertad y sin más límite que el asignado por el mismo derecho de otro. Y ¿qué significa la expresión "Ignorar el Estado"? Simplemente la afirmación del derecho de ejercer del mismo modo "todas" las facultades. Lo uno es continuación de lo otro, reposa sobre el mismo fundamento, debe mantenerse o renunciarse al mismo tiempo. Se considera la libertad religiosa, y la libertad civil como cosas diferentes, pero la distinción es completamente arbitraria. Son partes de un mismo todo y filosóficamente no pueden ser separadas.

"Sí, pueden serlo", alega un objetor; "la afirmación de la una es afirmativa, siendo deber religioso. La libertad de honrar a Dios en la forma que se crea conveniente es una libertad sin la cual un hombre no puede cumplir lo que cree mandamiento divino y en consecuencia, su conciencia exige que la defienda". Bien, pero no es el mismo caso con toda otra libertad? ¿No significa asimismo una cuestión de conciencia? ¿No se afirma que la felicidad de los hombres es voluntad divina — que tal felicidad no puede ser obtenida sino por el ejercicio de nuestras facultades — y que es imposible ejercerlas sin libertad? Si esta libertad para el ejercicio de las facultades es una condición sin la cual la voluntad divina no puede cumplirse, su defensa es, según la propia demostración de nuestro objetor, un deber. En otros términos, la defensa de la libertad de acción "puede" ser cuestión de conciencia, sino que "debe" serlo. Así, vemos claramente que el derecho de ignorar el Estado en materia religiosa y el de hacerlo en materia secular, son por esencia idénticos.

La otra razón comunmente invocada por el no conformismo, nos lleva a idéntica conclusión. Además de resistir a la prescripción del Estado por principio, el disidente lo hace por desaprobación de la doctrina enseñada. Ninguna decisión legislativa le hará adoptar lo que considera una creencia falsa; en nombre del deber hacia sus semejantes, se niega a con-

tribuir a la difusión de esa falsa creencia. La actitud es perfectamente comprensible. Mas esta actitud, o bien conduce a sus partidarios al no-conformismo civil o los deja ante un dilema. ¿Por qué rehusan contribuir a la propagación del error? Porque el error es contrario a la felicidad humana. ¿Y por qué motivo desapruaban cierta parte de la legislación civil? Por la misma razón, porque la juzgan contraria a la felicidad de los hombres. ¿Cómo pues, podrá demostrarse que se debe al Estado en un caso y no en el otro? Nadie sostendrá que si un gobierno nos pide dinero para ayudar a "enseñar" lo que pensamos destinado a producir el mal, debemos negárselo y si no el dinero se empleará en "hacer" lo que suponemos malo, no debemos negárselo. Sin embargo, tal es la animosa proposición que sostienen quienes reconocen el derecho de ignorar el Estado en materia religiosa, pero lo niegan en materia civil.

La substancia de este capítulo nos recuerda una vez más la incompatibilidad entre una ley perfecta y el Estado imperfecto. La practicabilidad del principio aquí expuesto varía en razón directa con la moralidad social. En una comunidad enteramente virtuosa, su admisión engendraría el desorden. En una comunidad enteramente virtuosa, su aplicación sería a la vez inofensiva e inevitable. El progreso hacia una condición de salud social, es decir una condición en la que no haya necesidad de las medidas curativas de la legislación, es el progreso hacia un estado de cosas donde estas medidas serán rechazadas y la autoridad que las prescribe, despreciada. Ambos cambios serán necesariamente coordinados. Ese sentido moral, cuyo predominio hará a la sociedad armoniosa y al gobierno inútil, es el mismo sentido moral que impulsará a cada hombre a afirmar su libertad, hasta el punto de desconocer el Estado, es el mismo sentido moral que apartando a la mayoría de coaccionar a la minoría, hará finalmente el gobierno imposible. Y como las manifestaciones diferentes de un mismo sentimiento deben tener una relación constante entre sí, la tendencia a repudiar a los gobiernos habrá de aumentar en la medida en que aquellos devengan inútiles.

Nadie debe alarmarse pues por la divulgación de esta doctrina. Numerosos cambios sucederán aún antes que ella comience a ejercer influencia apreciable. Un largo lapso de tiempo transcurrirá probablemente, antes que el derecho de ignorar el Estado sea generalmente admitido, siquiera en teoría. Más tiempo todavía pasará hasta que reciba sanción legislativa. Aun entonces habrá abundantes frenos para su ejercicio prematuro. Una dura experiencia instruirá a los dispuestos a abandonar demasiado pronto la protección legal. Sin embargo, hay en la mayoría de los hombres tanto apego a las normas establecidas, y tanto terror por las experiencias nuevas, que verosimilmente, se abstendrán de practicar ese derecho hasta mucho después de que su ejercicio no signifique ningún peligro.

Herber SPENCER.



P E D R O G O D O Y

Susto

(NARRACION CAMPERA)

Invierno maldito. Seis días que llovía aburridamente. Una garúa lenta y fría como pelusa de las nubes que iba convirtiendo la pampa en un inmenso estero.

De trecho en trecho, algunas lomitas salpicando los bañados. En ellas se arremolineaban, temblando, con el anca al viento, los pocos animales flacos y sumidos que aún no habían entregado su osamenta a la epidemia.

A ratos, parecía que quería abrirse la tormenta; aflojaba la llovizna y entonces sobre los raneos de las chacras, pasaban volando las bandadas de patos silbones, aleteando apresuradamente con rumbo al norte.

En una cocina ahumada, con piso de tierra y techo de paja, estaban reunidos cinco aradores, mojan-do su inercia con pachorrientas rondas de mate, o disolviendo su aburrimiento en acaloradas partidas al truco, algo gringo que como el caballo y la guitarra, se ha pegado tanto al criollo que lo complementa.

De pronto uno, rubio, de boina colorada y puñal de plata en la cintura, abrió un paréntesis con una iniciativa:

— ¿Qué les parece, muchachos, si hiciéramos tortas fritas?

En los ranchos solos de las chacras, donde la miseria levanta tanto la faz descarnada que ni siquiera hay una mala acordeón de cuatro bajos, la torta frita, lustrosa de grasa, suele ser la semillita caliente que tapa el frasco del tedio.

La pregunta fué rebotando de corazón en corazón como una pelota de entusiasmo:

— ¡Ya está! ¿Pero y quién va por harina?

— ¡El tullido! — dijeron todos.

Y allá, en la penumbra húmeda de un rincón de la cocina, entre unas bajas mugrientas y sudadas que le servían de nido, hasta el punto de que cualquiera lo hubiera confundido con un perro acurrucado, se revolvió la piltrafa, requecho humano, amasado a penurias, lágrimas y hambre.

Era un muchachón motoso, con roña hasta dentro del caracú, casi paralítico de ambas piernas. Cuero del natural cobre nativo.

Hacía en la chacra las veces de agregado. Boyereaba a cambio de la bazofia diaria. Porque a pesar de sus piernas casi inútiles, sabía darse maña para encaramarse por las ranillas hasta la cruz de su petizo, perennemente de servicio como él. Los dos eran man-sos y los dos se complementaban en la resignación.

— ¡Sí! ¿Que vaya el tullido!

— ¡Yo le presto mi poncho encerao!

El paría, enderezado sobre un codo, contempló a través del cuadrilongo de la puerta, el campo, todo blanco de agua. Allá, lejos, la yeguada temblando.

Su instinto, cansado como su cuerpo, le decía que no fuese, se lo gritaba bajito, allá en el fondo.

¡Pero no podía negarse! Nunca se negó a nada. Había nacido para obedecer. Piltrafa que se arrastra-

ba sobre dos piernas casi inútiles, su vida corría atada a la voluntad de los demás por la invisible yunda de la fascinación: ¡Eran todos tan hermosos, tan grandes, tan resueltos!

II

Se hizo la colecta para la harina. Hasta la patrona reía con su boca grande, de escuerzo; y las manazas agrietadas de paspaduras colocadas sobre ese vientre que le había dado nueve brotes robustos, todos con hogar ya, desparramados en el campo, como nuevas semillas de la gran planta proletaria que va extendiendo sus raíces, agarrándose al suelo.

Acostumbrada así, la madre a orientar, a "criar" como ella decía, descargaba sus órdenes, sus gritos, ásperos como chirlos, en aquel tullido agregado que le servía de válvula.

III

Y allá salieron, el tullido y su petizo, rumbo al bolliche, clavado a la orilla del camino en el primer paso del progreso corrompido, con sus botellas y sus rejas, como la primer bandera de la civilización moderna sobre los campos.

Este, levantaba su rancho encorvado de vicio, entre unos sauces viejos cuyos látigos pelados de hojas, tocaban casi el suelo; cercado de palos de palenque, donde en los domingos cálidos de diciembre, la nerviosa caballada de los paisanos aguardaba, al golpe de las coscojas, que sus dueños se desplumaran en el juego de taba o al monte, todo su trabajo de un mes bajo un sol que tostaba los hombres. ¡Qué lejos le parecía ahora el bolliche al tullido!

Quedaba cerca, sí, cuando el sol acariciaba los trigales y los remolinos pasaban bailando sobre la cuerda del sendero. Cuando los mandados al bolliche significaban una pausa en su angustia, una momentánea liberación a su esclavitud.

¡Pero no ahora!! Cuando había que ir al tranco entre el agua, bajo la lluvia, con el miedo haciéndole cosquillas a lo largo de las vértebras.

Por su cerebro, plano como su vida, pasaba una procesión de luces malas, de ánimas en pena, de asesinatos en la noche del camino, de turcos degollados para robarles la plata. ¡Qué largo le parecía el trayecto!

PAGINAS PARA LA HISTORIA DEL ANARQUISMO

Las Primeras Batallas de la Revolución Social Mexicana

(Continuación)

blar con él. Qué hombre, compañero! No sólo predica la insurrección, sino también nuevas ideas humanas. Nos ha hablado largamente hace dos días. Inspira tanta confianza a todos! Con estos hombres y con esas ideas, compañero Rangel, llegaremos al triunfo y vale la pena abandonar el hogar y exponer la vida...

—Tienes razón, Benjamín, debemos de sentirnos satisfechos de tener a la cabeza de nuestro partido a hombres como Flores Magón, como Antonio Villarreal, como Librado Rivera, como Figueroa y como Guerrero.

IV

Entretanto, en la chacra se fraguó la broma.

V

Silbando de soledad y de miedo, volvía el tullido al tranco del petizo, atravesando charcos y arroyos improvisados, con la harina debajo del poncho, guardando con el ala de su raído sombrero su rostro de la lluvia.

De pronto su petizo levantó la cabeza de golpe y se paró en seco, dando un bufido.

Al costado de ellos, contra el alambrado un bulto blanco, como un carnero grande, se movía haciendo sonar unas latas...

Instintivamente, veloz, cerrando los ojos, el tullido dió un grito de espanto. Al mismo tiempo, en su mano temblorosa se vió un revólver cuyo níquel brilló un instante al resplandor opaco de la tarde que huía bajo la lluvia.

La llamarada y el estampido de la detonación pusieron una nota casi musical en el cansancio campesino.

Otro grito acuchilló las distancias.

VI

El tullido no oyó ya nada. Había perdido la brújula de su orientación instintiva y huía, huía sobre el petizo desatado en carrera, rumbo a las casas, salpicándose hasta la cabeza, en una aureola de chispas de agua que le daban un marco entre cómico y fantástico.

Los peones, le aguardaban riendo a carcajadas en la puerta de la cocina.

El tullido cayó del petizo desmayado en el medio del patio. Todos corrieron.

VII

Pero como el otro no volvía, dos montaron a caballo y fueron allá, atrás de las lomas, junto al cañadón, a ver qué pasaba.

Le encontraron duro. Había muerto, desangrándose por la boca.

El tullido, miedoso, sin que ninguno se diera cuenta, había extraído el revólver de entre las pilchas del propio autor de la broma.

—Bien, compañero, parece que hemos llegado a nuestro destino.

—Benjamín, un abrazo, y piensa en el triunfo. Rangel y Canales bajaron del coche y se abrazaron silenciosamente.

ULTIMOS PREPARATIVOS

Varios hombres, embozados, se acercaron a Rangel.

—¡Ya!—dijo uno de ellos.

—¡Ya!—respondió Rangel.

—Todo está listo, compañero — terminó otro.

—¿Está el coronel? — preguntó Rangel.

—Sí, está disponiendo el paso del río.

Lloviznaba, mientras los revolucionarios se cruzaban las cananag al pecho, poniéndose en fila para pasar el río y entrar a territorio mexicano.

—Compañero Rangel, ¿está usted por ahí? — interrogó Díaz Guerra.

—Sí, coronel.

—Ya está todo listo; he distribuido trescientos cartuchos por plaza; he enviado una avanzada que hará una exploración hasta media milla de distancia de aquí; nuestros guías están ya en México; le suplico que tenga mucho cuidado; que nuestros compañeros no fumen ni griten; todo en secreto, ¿si ve usted que tengo miedo de que tengamos alguna espía que dé a conocer a los federales nuestras intenciones y que nos haga frustrar nuestros planes de ataque?

—No tenga cuidado, coronel; sus órdenes serán cumplidas.

—No, compañero, estoy seguro en la victoria; pero no quiero derramamiento inútil de sangre; he pasado revista y contamos con tres escasas compañías; nuestro enemigo está perfectamente afortunado en el cuartel de Las Vacas, y está formado por las fuerzas más aguerridas del porfirismo.

—No será honroso, coronel, que peleen muchos contra los pocos; pero sí los pocos contra los muchos.

—¡Bravo, compañero! ¡Y más cuando nos asiste la razón!

EN TERRITORIO MEXICANO

Media hora después, los revolucionarios se encontraban en territorio mexicano.

Díaz Guerra ordenó que fueran formadas dos columnas que habían de avanzar a raso veloz, hasta quedar a una distancia de seiscientos metros de la parte norte del cuartel de Las Vacas.

Los hombres se alistaron; las palancas de los 30-30 empezaron a funcionar; los más entusiastas pidieron marchar al frente.

Un muchacho de no más de catorce años, se acercó a Díaz Guerra y le dijo:

Coronel: déjeme ir adelante de todos; mi hermano fué asesinado hace unos días por el mayor Pérez; déjeme vengarlo; él era liberal y me dijo que quería que yo también peleara. ¿Me deja usted?...

—Anda, muchacho, anda, si te sientes hombre; porque ya sabes que la guerra se hace con los hombres...

—Pues ya le probaré que soy hombre — agregó el muchacho cargando su treinta treinta.

Las columnas se iban a poner en marcha; Rangel las detuvo y dijo en voz alta:

—Compañeros, recuerden que dar la espalda es contra nuestro honor y contra los principios de nuestro partido.

Los hombres, a paso veloz avanzaron hacia la muerte.

LAS PRIMERAS ORDENES MILITARES

La avanzada de la izquierda dió la palabra de "El enemigo al frente".

Fuó un golpe; los hombres se detuvieron; siguió un silencio; Díaz Guerra saltó y con energía dió un grito exténtreo:

—Capitanes, a sus sargentos; flanco izquierdo, derecho y centro: a sus secciones; alzas de 500 metros, en tiradores... ¡Corten cartucho! ¡Sobre el enemigo!

Con rapidez, las órdenes de Díaz Guerra fueron ejecutadas. Habían sido las primeras órdenes militares dadas en la Revolución Mexicana.

Los clarines federales respondieron: ¡enemigo al frente! ¡Fuego!

Empezaba la batalla.

El coronel Díaz Guerra gritó todavía con más fuerzas:

—¡Muera la tiranía porfiriana! ¡Viva el partido Liberal! ¡Viva el pueblo Soberano!

Y los tres vivas fueron respondidos por los revolucionarios con el grito émrgico de quien va al combate por un principio.

Díaz Guerra se puso al frente del ala izquierda; el ala derecha quedó a las órdenes del jefe de guerrilla Guzmán; el centro fué encargado a Jesús M. Rangel, a quien seguían Lázaro Alanís, Julián Álvarez, Benito Solís, Rafael Barrera, Victoriano López y cuatro compañeros más.

UNA AUDACIA DEL JEFE FEDERAL

El combate se generalizó en menos de cinco minutos. Los federales habían ocupado los lugares más estratégicos en el centro del pueblo; se combatía en cada calle, en cada esquina, en el cuartel.

En el costado norte del cuartel y dentro de un jacal, Rangel y Lázaro Alanís disparaban sobre los federales; pero al ser descubiertos por el jefe del 2º regimiento de caballería, mayor Pérez, éste, seguido de cinco oficiales, dando una gran prueba de valor, salió del edificio gritando:

—¡Oro, oro, muchachos, adentro con esos del jacal!

Los oficiales avanzaron atacando el jacal por los dos flancos.

El mayor Pérez, audazmente, llegó hasta treinta metros, pero en esos momentos lanzando un quejido, se dejó caer; había sido herido mortalmente; los oficiales corrieron a levantar a su jefe, regresando precipitadamente al interior del cuartel.

Mientras tanto, el coronel Díaz Guerra al frente de una compañía de rebeldes, sostenía un terrible tiroteo con más de cincuenta federales, que habían quedado cortados y que al fin, precipitadamente, cruzaron el río, internándose a los Estados.

UNA VALIENTE MUJER

Díaz Guerra había obtenido ya un triunfo, cuando al regresar al centro del pueblo, fué atacado a boca de jarro desde un jacal.

Una mujer, armada con un mauser, disparaba carga tras carga sobre los revolucionarios. Más de diez minutos sostuvo su posición la valiente mujer, amante de uno de los oficiales federales, hasta que al fin se rindió.

Hacia el sureste del cuartel, los revolucionarios sufrían una gran pérdida, cuando Benjamín Canales, después de combatir por más de media hora, al frente de una guerrilla, caía mortalmente herido.

En el lado sur del cuartel, Pedro Vara, seguido de tres hombres, arrastrándose, había llegado hasta cuarenta metros del edificio, haciendo grandes daños a los federales.

En esos momentos, el clarín de órdenes de Díaz Guerra, tocó "¡alto el fuego!"

—Compañero, todo está terminado, no sería posible seguir combatiendo contra los que se encuentran encerrados en el cuartel; tengo conocimiento de que se acerca a la población gente armada y quizás sean federales; que los muchachos recojan el botín y vamos a marchar; ya tenemos suficiente para continuar la lucha.

RANGEL, HERIDO

Díaz Guerra dió las últimas órdenes y marchó, diciendo a Rangel:

—Sígame.

Rangel montó a caballo y salió del lugar donde

se encontraba Alanís; pero apenas había caminado unos cuantos metros, cuando se escuchó una descarga cerrada. Rangel cayó herido. Rápidamente montó en otro caballo y continuó la marcha para unirse a Díaz Guerra.

Amanecía cuando los rebeldes se retiraban de Las Vacas, lanzando vítores y tocando dianas.

Los federales, encerrados en el cuartel, no pretendieron perseguirlos. Ambos creían en la victoria.

Cuando Rangel se unió a Díaz Guerra en las afueras del poblado, éste reprendía duramente a uno de los hombres montados cuya actitud había parecido sospechosa.

—¿Por qué llegó usted tan tarde, Longoria?

—Coronel: yo recibí instrucciones de la Junta del Partido Liberal para que cruzara el río a ocho kilómetros al sureste de aquí, y que con mi guerrilla viniese a apoyar el movimiento de usted con mis quince hombres — respondió Jesús Longoria.

—¿A qué hora le dijeron que estuviera en el pueblo?

—Pues, compañero, usted ha llegado tarde, y no solamente eso, sino que también nos ha hecho que nos retiráramos. ¡Nos faltó usted! Algunos compañeros murieron pensando que usted había faltado a su compromiso con el partido.

—Coronel, dígame usted qué debo hacer para borrar mi falta, si es que la tengo.

—Nada, por ahora, Longoria, nos hemos retirado, conformándonos por ahora con el botín.

Durante tres horas se había combatido con todo valor y audacia; los revolucionarios, llenos de tierra y de sangre, se retiraban. A unos metros de distancia, los federales observaban sus movimientos, sin tomar resolución alguna.

Una y otra parte parecía aturdida; había sido el primer combate. Los revolucionarios, sin embargo, parecían satisfechos; pensaban en los que habían caído y también en lo que llevaban: armas, parque y caballada quitada al enemigo.

Díaz Guerra se volvió a Rangel, y viéndole cubierto de sangre, le dijo:

—Compañero, parece que está usted herido.

—Así es, coronel.

—Bien, pues a todos nos ha tocado, pongámonos en marcha y a lavar nuestras heridas; ya tenemos confites para continuar la lucha y la continuaremos en guerrillas, como lo ordena la Junta del Partido Liberal Mexicano.

TREINTA BAJAS

Los revolucionarios llevaban sobre sus cabalgaduras sus muertos; todos caminaban silenciosamente; el día había aclarado; nadie volvía la vista hacia los muertos; un hilo de sangre iba quedando en el camino, marcando el paso de los primeros hombres que pensaron que el cambio de un régimen político en México daría bienestar al pueblo.

Después de caminar cerca de seis horas, la columna revolucionaria hizo alto.

Díaz Guerra ordenó que se pasara revista y luego, mirando a los cadáveres de los compañeros caídos, y que habían sido tendidos en fila con la cara al sol, dijo con energía mezclada con amargura:

—Treinta bajas. ¡Benditas bajas!

Pero luego, reponiéndose, agregó:

—¡Cayeron para redimir al pueblo mexicano! Compañeros: ¡adelante! Los heridos a vendarse; los buenos y sanos a sepultar a nuestros compañeros; todos listos pronto para nuevos planes.

La revolución proseguía, y proseguiría por veinte años...

Cuando los hombres que habían muerto en el combate de Las Vacas recibieron su sepultura, y cuando los heridos fueron vendados, el coronel Díaz Guerra dió una nueva orden de marcha.

La columna, reducida a menos de cincuenta hombres, caminaba penosamente a lo largo de la margen del Río Bravo.

Díaz Guerra ordenó alto, y dirigiéndose a todos sus acompañantes, les dijo:

—Compañeros: vamos a llegar al rancho de los Madero, allí se quedará Rangel y los que no se sientan con fuerzas para continuar el camino. El mayordomo del rancho es miembro del Partido Liberal, y él les dará atenciones.

Después, ya en el rancho, llamando a Rangel a su lado le dijo:

—Rangel, usted se queda aquí; se atiende lo mejor posible; cruza luego la frontera y espera las órdenes que le envíe la Junta del Partido Liberal, a la que ya he enviado cuenta de los hechos ocurridos en Las Vacas.

Ya en el rancho, el coronel Díaz Guerra llamó al mayordomo, un individuo apellidado Zamora, y le dijo:

—Compañero, dejo bajo su cuidado a Jesús Rangel; usted será responsable de lo que le suceda; recuerde que debe cumplir como miembro del Partido Liberal.

Con un gesto se despidieron los hombres que unidos habían cruzado la frontera para atacar Las Vacas, y que se despedían cubiertos de sangre pero llenos de esperanzas.

EL FIN DE LA EXPEDICION

La expedición había terminado después del combate de Las Vacas.

Una semana bastó para que todos los miembros de la columna expedicionaria regresaran a los Estados Unidos, cuando se vieron faltos de parque y de dinero y mientras que el gobierno federal enviaba en su persecución varios cientos de hombres que recorrían paso a paso todo el territorio donde había informes que habían operado los insurgentes.

Durante un mes permaneció Jesús M. Rangel en un punto cercano del rancho de los Madero, a donde le llevaban diariamente alimentos y vendajes para las heridas.

Un cuerpo de rurales había vigilado estrechamente a los moradores del lugar.

Los rurales habían sido advertidos de que Rangel se encontraba oculto en algún punto cercano y que algunas noches había llegado a platicar hasta los jacales del rancho.

INTERROGANDO A UN PASTOR

Desesperado por no descubrir el paradero de Rangel, el jefe de los rurales, acompañado de varios hombres, esperó un día a un pastorcillo que diariamente era visto que llevaba una canasta con alimentos.

—Oye, muchacho, ¿a quién llevas de comer? — preguntó el jefe de los rurales.

—A mi tata, señor — respondió el muchacho.

—A tu tata, y ¿dónde está tu tata?

—Trabaja en una labor.

—Llévame a donde está.

Y como el pastorcillo se rehusara, el jefe de los rurales ordenó que fuera pasado por las armas.

(Continuad)

MAX NETTLAU .

BIOGRAFIA DE MIGUEL BAKUNIN

Traducción de D. A. de Santillán

• Tomo I •



BUENOS AIRES

1931

BIOGRAFIA DE MIGUEL BAKUNIN

PROLOGO

Más de cincuenta años después de su muerte, la obra de Miguel Bakunin está viva; sus ideas, su voluntad de terminar con la opresión secular por la autoridad, con la explotación secular por el monopolio, con la esclavitud espiritual por todas las religiones, son las de los anarquistas y libertarios de todos los países. El interés de conocer los productos escritos de su pensamiento, que no sólo sus publicaciones impresas en su tiempo, sino también numerosos manuscritos en parte todavía inéditos y buen número de cartas pueden satisfacer en gran medida, — ese interés ha creado varias ediciones, todas inacabadas aún, de sus Obras, entre las cuales la traducción española, publicada desde 1924 por **La Protesta**, es una de las mejor atendidas. Había llegado el tiempo, pues, en opinión de los camaradas que dan su apoyo a la presente publicación, para presentar también la biografía de Miguel Bakunin en una forma que, sin pretender un acabamiento maximal, pudiese ser considerada relativamente abarcativa de todas las partes de su vasto asunto, lo cual es causa inevitable de sus dimensiones inusitadas.

Este trabajo valía la pena, porque si las ideas de Bakunin en la última docena de años de su vida están ante un medio íntimo primero, ante un público amplio luego, su persona en su verdadera esencia era poco conocida a pesar de sus innumerables conocidos que, sin embargo, casi todos veían sólo algunos aspectos y facetas de su vida, aun sufriendo la impresión general de su vasta personalidad. De ahí que bien pronto se formara la leyenda sobre él, y en los más distantes la inexactitud, el error, operando en sus nu-

merosos enemigos la mentira, la calumnia, de suerte que, aunque desde 1835, al menos, a 1876, su muerte, estuvo siempre en vista por decirlo así, siendo siempre uno de los hombres notables de ambientes notables y rememorados, las nociones biográficas sobre él eran de las más vagas y, si contemporáneos han contado algunas veces recuerdos preciosos sobre sus relaciones personales y muy a menudo temporarias con Bakunin, todas las biografías de conjunto eran incompletas y con frecuencia estaban llenas de errores, eran poco críticas y perpetuaban la leyenda.

Para llegar a los resultados que se leerán en los cuatro volúmenes presentes era preciso verdaderamente un esfuerzo que sobrepasara las fuerzas de una sola persona; felizmente el vasto asunto fué abordado por dos lados. Hablo aquí de los enormes materiales que no existen más que en Rusia y que, por su estado primitivo de innumerables papeles de familia, sobre todo cartas, no podían ser coordinados y presentados a la luz de tantos otros documentos rusos contemporáneos más que por un historiador ruso. Ese trabajo se hizo por Korniloff, muerto en 1925, y le debemos la restitución de la juventud de Bakunin y mucho sobre su vida íntima hasta 1857. A eso se agregan ciertos materiales de los archivos gubernamentales rusos, sacados ya de su olvido, pero que no son ahora propiamente comprensibles más que gracias a los materiales íntimos recogidos por Korniloff. Estando reducido para mi primera biografía (Londres, 1898-1900, 1281 págs. in folio, sacadas en 50 ejemplares manuscritos por el autocopista) a los materiales rusos impresos hasta entonces, puedo valorar el inmenso servicio prestado por Korniloff y se hallarán los resultados de su trabajo en los dos primeros volúmenes de la biografía presente.

Del resto de este trabajo soy responsable yo mismo; las investigaciones han debido extenderse a un número de países europeos, Alemania, Suiza, Francia, Bélgica, Austria, Inglaterra, Suecia, Italia y España sobre todo, y he tratado de conocer a los sobrevivientes de los amigos de Bakunin; por ellos y otros he conocido muchos documentos, manuscritos, cartas e impresos raros; varias bibliotecas me han servido, principalmente el British Museum de Londres hasta 1913,

etc. Es así como traté de explicar uno por uno cada cual de los múltiples períodos de la vida de Bakunin, vida agitada que le hizo atravesar tres continentes, presentar, aplicándole la crítica, los mejores materiales de acuerdo a las mejores fuentes, señalar las lagunas, las dudas que corrían el riesgo a veces de las hipótesis, pero declarándolas siempre tales, renunciando a la leyenda y a la retórica, que encubren a menudo la falta de conocimientos precisos.

Los volúmenes presentados, ya tan extensos, son una redacción abreviada de lo que podría decir, dejando de lado una documentación demasiado voluminosa, que se vuelve a encontrar en gran parte en mi primer biografía, 1898-1900, en las introducciones de las **Obras** desde 1924, en el pequeño volumen **Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España**, (1868-1873), Buenos Aires, **La Protesta**, 1925, 132 págs., en un volumen mayor, italiano, **Miguel Bakunin y la Internacional en Italia en los años 1864 a 1872**, y en otros escritos menores.

Este primer volumen, que comprende los orígenes intelectuales de Bakunin, sus peregrinaciones a través de la metafísica y que culminan en esos primeros años de lucha por el esclavismo tal como él lo comprendía, en 1848-49, introduce al lector moderno en fases de mentalidad y en ambientes poco habituados, pero si se quiere comprender bien esta evolución ascendente hacia la anarquía, el socialismo y la revuelta consciente que admiramos en Bakunin por su intensidad, claridad e ímpetu, hay que pasar por allí; conocemos así los obstáculos, los escollos que disminuyen también la marcha hacia adelante de ese hombre, en quien esa evolución debía hacerse por sus propias fuerzas en esa época, casi un siglo antes, cuando las ideas libertarias eran, por decirlo así, desconocidas todavía. Sigamos, pues, con paciencia su ruta, porque si hoy los medios de conocer la anarquía están nominalmente al alcance de todos, obstáculos interiores impiden a muchos hombres utilizarlos. Bakunin tuvo que vencer tales obstáculos, prejuicios, tradiciones y su ejemplo quedará siempre instructivo.

He aquí algunas palabras de introducción; lo que habría que decir todavía sobre Bakunin estaría, pienso, mejor co-

locado en un epílogo después de la terminación del gran trabajo, la traducción esmerada de nuestro camarada D. A. de Santillán, y la publicación de estos cuatro volúmenes, de que los compañeros de *La Protesta* se han encargado y por lo cual les agradezco; es al mismo tiempo una publicación de un trabajo original, pues los volúmenes aparecen por primera vez en la edición presente.

Max Nettlau

28 de noviembre de 1926.

I

Infancia de Bakunin y sus años de niñez en Premuchino, la finca de sus padres (mayo de 1814 a diciembre de 1828).



A infancia de *Miguel Bakunin* fué de una rara felicidad y ha influenciado decisivamente, con probabilidad, toda su naturaleza. Su propia descripción permite echar una ojeada a esas condiciones; en el fragmento autobiográfico *Historia de mi vida* (1) el nacido el 18/30 de mayo de 1814 en Premuchino, — el dominio de su padre en el distrito de Novotorschok, gobierno de Tver, — escribe:

...“Mi padre pertenecía a la vieja nobleza. Su tío del mismo nombre fué ministro de relaciones exteriores en tiempo de la emperatriz Catalina II y así ocurrió que mi padre fué enviado como *attaché* de la embajada rusa en Florencia siendo un niño de ocho o nueve años; allí, uno de sus parientes, que se hizo cargo de su educación, era embajador. Regresó a Rusia tan solo a la edad de unos treinta y cinco años. Fué, pues, educado en el extranjero y pasó en él su juventud. Era un hombre de mucho ingenio, muy instruido, hasta sabio, muy liberal, muy filántropo, no ateo, pero deísta de pensamiento libre, en relaciones con todas las celebridades europeas filosóficas y científicas de entonces, por lo tanto en completa contradicción con todo lo que se movía en Rusia, donde sólo una pequeña secta de masones, más o menos perseguidos, conservaba y atizaba lenta-

(1) *Histoire de ma Vie*, cuya primera parte debía llegar hasta 1840; manuscrito de 12 págs. en 4.º; después de cuatro páginas pasa a una descripción general de la situación de Rusia por entonces y luego se interrumpe. Sin fecha; antes del 12 de enero de 1872, en cuyos días supo Bakunin la muerte de su penúltima hermana, Tatiana. Publicado por mí en *La Société Nouvelle*, Bruselas, sept. 1896, pág. 309-324. Como es mencionado el discurso de Berna (1868), que apareció en 1869 separado, sólo los años 1869-1871 pueden ser considerados como el período de la redacción y, dado que las noticias diarias de 1871, las que existen, no mencionan el manuscrito, ¿tal vez sólo 1869 y 1870?

mente, en secreto, el fuego sagrado del respeto y del amor a la humanidad.

"El mundo cortesano de San Petersburgo le pareció a mi padre tan repugnante que interrumpió voluntariamente su carrera y se refugió por toda la vida en el campo, que no abandonó más. Pero era, sin embargo, tan conocido de casi todos los hombres ilustrados de la Rusia de aquel tiempo que su casa de campo casi no estuvo nunca vacía. Desde 1817 hasta 1825 perteneció a la sociedad secreta del Norte, la misma que hizo en 1825 el intento frustrado de un levantamiento militar en San Petersburgo. Se le había propuesto repetidas veces la presidencia de esa sociedad, pero se había vuelto demasiado escéptico y en el curso del tiempo demasiado precabido también para aceptarla y por eso no participó del destino trágico, pero glorioso de muchos de sus amigos y parientes, de los cuales algunos fueron ahorcados en 1825 (1826) en San Petersburgo, siendo los otros condenados a trabajos forzados o a destierro en Siberia.

"Mi padre ha sido bastante rico. Era, como se decía entonces, propietario de mil almas varoniles, pues las mujeres no se contaban en la servidumbre, como tampoco se tienen en cuenta en la libertad. Poseía, por consiguiente, alrededor de 2000 esclavos masculinos y femeninos con el derecho de venderlos, de (*ilegible*), de enviarlos a Siberia, de entregarlos al ejército como reclutas y ante todo de explotarlos despiadadamente, o, mejor dicho, de saquearlos y de vivir de su trabajo forzoso. He dicho que regresó a Rusia totalmente inspirado por sentimientos liberales. Su liberalismo se irritó al principio contra esa situación terrible e infame de un propietario de esclavos, hasta hizo algunos esfuerzos mal calculados y mal terminados para libertar sus siervos; pero el hábito y el interés propio contribuyeron por su parte a que, finalmente, fuera un tranquilo propietario como todos sus vecinos, calmado y resignado sobre la esclavitud de esos centenares de seres humanos cuyo trabajo lo alimentaba.

"Una causa principal de esa modificación gradual fué su casamiento. Enamorado locamente a los cuarenta años de una muchacha de dieciocho, una noble, como él, pero pobre, se casó con ella y para conseguir su perdón por esa manera egoísta de obrar, se esforzó el resto de sus días por rebajarse a su nivel, en lugar de elevarla a ella hasta el suyo. Mi madre era una Muravieff, una prima legítima del verdugo Muravieff y del Muravieff que fué ahorcado. Era una mujer vanidosa y egoísta a quien ninguno de sus hijos quería. Pero a nuestro padre lo adorábamos y durante nuestra niñez estuvo lleno de bondad y de indulgencia para nosotros.

"Éramos once hijos. Todavía hoy tengo cinco hermanos y dos hermanas. Hemos sido educados, bajo la suprema inspección de mi padre, más a la manera occidental que a la rusa. Vivíamos, por decirlo así, fuera de la realidad rusa, en un mundo lleno de sentimiento y de fantasía, pero al cual faltaba toda realidad. Al comienzo de nuestra educación fué muy liberal. Pero después del desenlace funesto de la conspiración de diciembre, modificó mi padre —a quien esa derrota del liberalismo asustó, su sistema. Trató de hacer de nosotros, desde entonces, fieles súbditos del zar. En el sentido de ese propósito fuí enviado a los catorce años en 1830 [diciembre de 1828] a San Petersburgo para ingresar en la escuela de artillería.

"Pasé allí tres años y a los diecisiete años y algunos meses, en 1832 [enero de 1833] fuí nombrado oficial.

"Unas palabras sobre mi evolución moral e intelectual durante todo ese tiempo. Cuando salí de la casa paterna hablaba bastante bien el francés, el único idioma en que fuí instruido según la gramática, algo el alemán y comprendía a medias el inglés. Ni una palabra de latín y de griego, y de la gramática rusa no tenía concepto alguno. Mi padre nos había enseñado la vieja historia de Bossuet [*Discours sur l'Histoire universelle...*, París, 1681] y me dió a leer algo de Livio y de Plutarco, del último en la traducción de Amyot [*Les Vies des Hommes illustres grecs et romains, comparés l'une avec l'autre...*, primeramente en París, 1559]. Tenía además algunas vagas e inciertas ideas de geografía y gracias a un tío, oficial de estado mayor pensionado, había aprendido aritmética, álgebra hasta las ecuaciones de primer grado y planimetría bastante bien. Ese era todo el equipaje científico que llevé conmigo al salir, a los 14 años, de la casa paterna. Por lo que se refiere a la enseñanza religiosa, equivalía a cero. Nuestro sacerdote familiar, un hombre excelente a quien yo veía con agrado porque me traía alfajores, nos dió algunas lecciones de catecismo que no ejercieron absolutamente ninguna influencia ni positiva ni negativa en mi corazón o en mi espíritu. Yo era más bien escéptico que creyente, o mejor aún, era indiferente.

"Mis ideas sobre moral, derecho y deber eran, por consiguiente, también vagas. Tenía sentimientos, pero no principios. Amaba instintivamente, es decir, por una costumbre adoptada en la infancia en su ambiente, a los buenos y a lo bueno, y detestaba los malos sin poderme dar cuenta de lo que constituye lo bueno y lo malo; me indignaba y rebelaba contra toda crueldad e injusticia. Hasta creo que la indignación y la rebelión fueron los primeros senti-

mientos que se desarrollaron en mí más enérgicamente que los demás. Mi educación moral había recibido ya su falsa dirección por el hecho que toda mi existencia material, intelectual y moral estaba fundada en una viva injusticia, en la inmoralidad absoluta, en la esclavitud de nuestros campesinos que alimentaban nuestros ocios. Mi padre era completamente consciente de esa inmoralidad, pero como *hombre práctico*, no nos habló nunca de ella y *nosotros estuvimos mucho tiempo, demasiado, en la ignorancia al respecto*. Yo tenía, finalmente, un espíritu muy aventurero. Mi padre, que había viajado mucho, nos había contado sus viajes. Una lectura favorita nuestra, que emprendíamos siempre junto con él, eran las descripciones de viajes. Mi padre era un naturalista muy entendido. Era adorador de la naturaleza y nos transmitió ese amor, esa curiosidad ardiente relativa a todos los objetos naturales, sin darnos, sin embargo, los más insignificantes conocimientos científicos. La idea de los viajes, de ver nuevos países, nuevos mundos se convirtió en la idea fija para todos nosotros. Esa idea continuamente mantenida desarrolló mi fantasía. En las horas libres me contaba a mí mismo historias, en las que me imaginaba siempre que escapaba de la casa paterna y buscaba lejos, muy lejos, aventuras... Junto a todo eso adoraba a mis hermanos y a mis hermanas y sobre todo a mis hermanas, y veneraba a mi padre como a un dios.

"Así era yo cuando ingresé como cadete en la escuela de artillería. Ese fué mi primer contacto con la realidad rusa".

Aquí termina la parte biográfica del fragmento, que pasa luego a una descripción general, primeramente del período hasta 1825, comenzando con la conspiración de los decabristas. Algunos detalles exteriores de ese autoanálisis pueden ser rectificados por otro material, pero sus datos principales pueden, al contrario, servir de base para la apreciación de todas las demás huellas conservadas de aquellos primeros años de Bakunin, pues representan un material más original. Por ejemplo: se encontrarán en las viejas cartas de la familia únicamente manifestaciones amables sobre la madre de Bakunin; pero sus últimas observaciones sobre ella no son refutadas por eso, pues esa impresión de los niños no fué expresada, naturalmente, en las cartas.

La "vieja nobleza" de su familia mencionada por Bakunin es caracterizada por otros como nobleza burocrática del siglo XVII, que no se nombra en los documentos antes de 1623. Al contrario, parece haber existido entonces una tradición real o ficticia según la cual la familia ennoblecida procedía de la vieja casa transilvaniana de los Bathory. Zenislav emigró con dos hijos en 1492 a Rusia,

adoptó como ortodoxo el nombre de Pedro y es el señor de la estirpe de los Bakunin, a quien el Gran Duque de aquel tiempo cedió dominios en el gobierno de Ryazan. El escudo de los Bakunin muestra en fondo rojo una fauce de lobo y bajo, en fondo plateado, una cadena; el escudo es mantenido por dos húngaros con lanzas, vestidos a la manera usual del siglo XVII. La investigación genealógica húngara confirma la identidad del escudo con el de los viejos Bathory, es decir de la rama de los Guth-Keled; existe la posibilidad de que Stefan Bathory, como rey de Polonia, haya prestado a uno de sus partidarios un escudo de armas de la familia y que ese haya luego pasado a Rusia y se convirtiera

en el antepasado de los Bakunin. Pero esto es pura suposición y como no conocemos más a fondo el "Nikifor Evdokimovitch Bakunin" mencionado en 1623, el grado de la autenticidad de la tradición, tal vez fundada en sus pretensiones de nobleza y en la elección del escudo de armas, no puede reconocerse sin mayor investigación. Desde entonces puede haberse reproducido la tradición de un modo ininterrumpido (2).

(2) Véase príncipe Peter Dolgorukoff, *Ross. Rodoslovnaya Kniga* (San Pet. 1857, IV, pág. 259-60); *Annuaire de la Noblesse de Russie* (id., 1889, pág. 85); Andreevski, *Encikl. Slovar*, 1891, vol. II; Rummel y Golubtsóff, *Rodoslovnaya Sbornik*, 1886, I, pág. 100-105; II, 1887, pág. 832. Sobre el escudo de armas, véase *Obschtschi Ross. Gerbovník*, V, N.º 41. Sobre la tradición véase *Turul*, la revista de la sociedad heráldica-genealógica húngara (Budapest), XII, pág. 40-41; no la conozco más que por el *Jahresbericht für Geschichtswissenschaft*, XVII, 1894, III, pág. 204 (Berlín 1896). Las exposiciones eventuales



El padre de Bakunin

Una obra genealógica (Rummel y Golubtsoff, 1886) que al parecer se basa en documentos de donación de propiedades del gobierno de Jarovslav (1623) nombra a *Iván Bakunin* en el siglo XVI, a su hijo Evdokim, nombrado Bogdan, que tuvo siete hijos; uno de ellos era el mencionado Nikifor, de quien se habla también en 1658 y 1677. El sobrino de segunda generación o biznieto era *Miguel Ivanovitsch Bakunin*, comandante en tiempo de Pedro I en Krasnoyar y en Zarizin. Su hijo *Vasili*, — traductor en el ministerio del exterior, en 1743-47 cónsul en Persia, en 1749 miembro del colegio para los asuntos exteriores, — murió en 1766; es autor de una obra que quedó manuscrita sobre los kalmukos; véase Korniloff, *Años de viaje*, 1925, pág. 277. El más joven de sus tres hijos fué el abuelo de Miguel Bakunin. Sus hermanos mayores (1724-1782 y 1731-1786) eran llamados Pedro el Mayor y Pedro el Menor; el último fué miembro del mismo colegio que su padre, 1780-83, consejero de Estado efectivo, desde el comienzo, 1783, miembro de la Academia rusa; fué, en todo caso, el punto jerárquicamente brillante de la familia. Miguel — a quien debe probablemente nuestro Bakunin su nombre de pila — fué vicepresidente del Colegio de la Cámara (1779); después renunció y vivió en el dominio de Premuchino; murió en 1803.

La finca de Premuchino fué comprada el 8 de abril de 1779 por su mujer Lyubof. (Aimée) Petrovna Myschekaya al mayor primo S. N. Schischko, lo mismo que otra posesión agrícola en las proximidades para sus hijas (tías de Bakunin). Que nosotros sepamos, pues, la familia localizada en la jerarquía de los funcionarios petersburgueses llegó tan sólo desde 1779 al distrito Novotorschok del gobierno de Tver. El hermano de Miguel Bakunin, Alejandro (1821-1908) habló a Korniloff sobre la fuerza física rara, la valentía y la naturaleza desenfrenada del abuelo, que hizo escapar a bandidos con la sola tranca de una puerta y agarró a su cochero y lo arrojó en el río próximo. Hizo edificar la casa señorial y establecer un vasto parque a la orilla del pequeño Osuga, que desemboca en el Tverza, un afluente del Volga. Su viuda, que murió

posteriores me son desconocidas; pero, sin embargo, Korniloff habla sólo de "leyendas poco dignas de confianza y no claras" que se mantuvieron en la familia.

En las conocidas *Mémoires secrets sur la Russie pendant les règnes de Cathérine II et de Paul Ier* (1800, por Ch. Fr. Ph. Masson) se cuenta una fábula de un joven persa traído a Rusia por Pedro I después de la conquista de Baku y a quien el zar dió el nombre de Bakunin (pág. 271, nota 1 de la edición de París, 1859).

en 1815, continuó habitando en Premuchino e hizo levantar en el parque una importante iglesia.

Ese matrimonio tuvo tres hijos, Miguel (nacido en 1764), Iván y Alejandro (padre de Miguel Bakunin) y cinco hijas, Tatiana, Praskovya, Pelageya, Bárbara y Ana.

El mayor de esos dos tíos de Miguel Bakunin, Miguel, fué últimamente gobernador de San Petersburgo y senador (1808-1816), luego implicado en un largo proceso oficial, finalmente encarpetado por Nicolás I, a causa de lo cual habitó en Moscú privadamente muchos años (murió en 1847). Su mujer, hija del almirante I. L. Golonischtschef Kutosof, escribió algo, también memorias (en "*Russ-*

kaya Starina, 1885 y 1887). Su hija mayor, Avdotya, que se ocupó de pintura, fué amada en la década 1820-30 por Adan Mickiewicz, trasladado de Vilna a Moscú como medida penal; sus cartas, que conservó hasta la más avanzada edad, fueron quemadas a deseo suyo después de su muerte. No quiso casarse con un polaco católico; por lo demás tuvo también simpatías para los decabristas, mientras que un miembro de la familia, el teniente Miguel Modestovitsch B. (hijo de Modesto, un hijo de Peter Vasilyevitsch) comandó la batería que disparó sobre los decabristas insurrectos; ese miserable se dió a la bebida y murió loco en el Cáucaso. La hermana de Avdotya, Ekaterina, fué una de las enfermeras más activas en Sebastopol,



La madre de Bakunin

durante la guerra de Crimea, en 1855; Praskovya, la menor de las hermanas, actuó literariamente.

El tío más joven, Iván, fué oficial y cayó en la década 1820-30 en el Cáucaso (fué enterrado en Baku). El año de su muerte no me es conocido, pero ha debido ser aquél que dió a Miguel Bakunin la primera enseñanza de matemáticas. Según la tradición de la familia era "místico y jansenista" y legó su manera de ser a sus hermanas, de las cuales varias quedaron solteras y habitaron con la madre en Premuchino, luego en la finca vecina de Kosizyn.

No podemos juzgar la influencia indirecta de todas esas personas y de otras que se nombran aún del vasto círculo del parentesco de Miguel Bakunin; pero adquirimos, por su consideración, una cierta visión del círculo que conoció sin esfuerzo, antes de entrar en la verdadera vida, gracias a las numerosas relaciones familiares — en Premuchino se tenía una activa correspondencia, se recibían muchas visitas, se viajaba a Tver y a Moscú. En general se recibe la impresión que la mayoría de esas gentes no se aferraban particularmente al servicio del Estado y se retiraron con gusto y marcharon por su propio camino; vemos también cómo por la abuela, el tío y las tías de más edad, penetró un elemento de devoción en la familia (3).

(3) Fuentes para esto y lo siguiente son ante todo el libro inapreciable de A. A. Korniloff, *Molodye Gody Michaila Bakunina* (La juventud de M. B. De la historia del romanticismo ruso), Moscú, 1915, XIV (17 de octubre, 1914), 718 págs., gr. 8.º, con retratos de la familia, paisajes de Premuchino, etc., ampliación de su serie de artículos: *Semeistvo Bakuninych*, en *Russkaya Mysl* (Moscú), desde mayo de 1909, según los abundantes papeles de la familia, ordenados cuidadosamente para esas décadas y de las tradiciones familiares extinguidas tan sólo en 1908 por la muerte del último hermano Alejandro. Como existen en ese libro numerosos detalles asegurados, no me corresponde repetir aquí cada hecho en particular. Lo mismo hay que decir de mi anterior Biografía: *Michael Bakunin, Eine Biographie* (Londres, 1896-1900, prólogos y 1281 páginas en folio, reproducción polígrafa en 50 copias con volúmenes suplementarios en manuscrito). Se encuentran allí las fuentes exactas de toda noticia e indicaciones sobre mucha literatura que describe los acontecimientos mencionados o su ambiente general; también citas de literatura cuya reutilización no me fué posible entonces: aquí se aprovechó mucho de ello, mientras que siempre se me presentan fuentes inaccesibles, pues el asunto está en íntima o amplia conexión con numerosas fracciones de la literatura histórica, social-política, etc., del siglo XIX.

Para todos los datos no tomados aquí y en el curso de los años hasta 1840 de la obra de Korniloff, han sido utilizadas numerosas obras rusas y las grandes revistas históricas rusas y generales, que, por ejemplo, para este capítulo pueden verse en las anotaciones de mi biografía anterior. Como la biografía actual es una concentración

Alejandro Michailovitsch Bakunin, el padre de Miguel Bakunin, nacido hacia 1767,—pues murió a fines de 1855 a los ochenta y ocho años de edad,—era un muchacho débil y fué enviado a los nueve años a Italia para su educación. Como Premuchino fué adquirido tan solo en 1778, no ha podido estar allí entonces y las causas desconocidas de su envío a Italia es posible que tengan relación con su salud, el traslado de sus padres al campo o las posibilidades de hacer carrera ofrecidas por el tío en una posición influyente, aunque, sin embargo, parece significativa su larga ausencia de Rusia. Estudió en Padua y se hizo allí doctor en filosofía con una disertación latina sobre las *tenias*, que fué impresa (Korniloff); yo mismo encontré en el Catálogo de la Biblioteca florentina: Alexandre Bacounin, *Mémoire sur les gordins d'eau douce des environs de Turin* (Accademia delle Scienze, Torino, *Mémoire*, Serie I, 7 de junio de 1788), de manera que se dedicó a estudios muy contemplativos, pues esos *gordins* son caracoles de agua dulce. Esos años, según su hija Tatiana (1843) fueron "sus recuerdos más queridos y vivientes". Según su carta al conde Benckendorf, fines de 1843, ingresó en el servicio "desde muy joven" como "escribano"; fué luego "traductor" en la embajada rusa de Florencia y Turín, donde luego llegó a ser "asesor del colegio" por un ukase especial de Catalina II y al fin del período de gobierno de esta emperatriz se retiró según deseo de sus padres con el rango de consejero de la corte y volvió a Rusia. Fué miembro de la Academia de Turín. En cartas del diplomático conde Arkadi Morkof a sus padres, en 1788 y 1789, se le presenta en perspectiva un viaje de correo entre Turín y Petersburgo. Según una tradición de parte de la familia Muravieff, ha sido testigo en Nápoles, con el embajador Italinski, de movimientos populares revolucionarios; su hijo Alejandro afirmó la tradición de que estuvo en París en 1789 y hasta se halló presente en el asalto a la Bastilla. Finalmente ambas cosas serían posibles, y como volvió a Rusia tan solo muchos años después, tuvo bastante tiempo para operar la evolución, entonces tan usual, de un admirador al comienzo de las revoluciones francesas y de todas las demás en un "conservador que aborrece los excesos de la revolución" y que supone quedar sin embargo fiel interiormente a "la libertad verdadera o racional".

Después de la entrada en el gobierno de Pablo I fué ascendido a consejero colegiado y fué miembro de la administración municipi-

y no una ampliación del material ya presentado por mí, debo limitarme, donde las citas se amontonarían demasiado, a tales indicaciones.

pal de Gatschina, hasta que su madre, a quien apreciaba profundamente, consiguió, a causa de la grave enfermedad de su esposo, que abandonara el servicio del Estado; desde entonces habitó en Premuchino como propietario señorial — su padre murió en 1803 — con su madre y varias hermanas de edad, que se entregaron a la más positiva religiosidad, con oraciones, ayunos y lecturas piadosas. Así pasaron unos diez años. Escribió con el mejor propósito una "Constitución" para sus siervos que no la aceptaron y se rebelaron en contra, con lo cual todo quedó como estaba y su liberalismo teórico se redujo a un nada práctico. Nosotros conocemos sólo la parte de su ser que predica más y más la prudencia convencional a la juventud que crece a su alrededor, la parte escéptica, desilusionada, ultramoderada de su ser, pues el buen hombre del comienzo de la década 1830-40 redactó con el título de *Osuga* — así se llama el pequeño río junto al cual está la finca — una larga obra poética descriptiva de que Korniloff transcribe varias cosas en donde canta idílicamente el encanto de la comarca, del parque, de la vida de la familia y del campo, etc. y al mismo tiempo rimaba también versos condenadores de las revoluciones y otras cosas por el estilo. No ha debido ser siempre así, y por fácil que sea menospreciarlo ahora a base de esas expresiones que quedaron inéditas, será justo atenerse a la apreciación comedida de esas debilidades por Miguel Bakunin, contra las cuales éste tuvo que lidiar duras luchas en favor de la totalidad de sus hermanos.

Del mucho material conocido ahora, quiero sólo indicar el juicio conclusivo de Bakunin sobre el padre y la dichosa infancia en la carta del 1.º de mayo de 1845 (Korniloff: *Años de viaje*, pág. 291; véase entre otros el capítulo XVI) y las palabras de su hermano Pablo, carta del 17 de febrero de 1850; pág. 389-90: "...La situación de nuestra familia era la más dichosa. Mira a tu alrededor ¿dónde encuentras algo semejante?... [sigue una estimación de la hermana Lyubof, muerta]... Hemos nacido y crecido en Rusia, pero bajo el alegre cielo de Italia; nos inspiró la dicha en forma que difícilmente se encontraría otro ejemplo en la tierra..." Igualmente el 26 de febrero de 1852 (carta de Pablo a Miguel): "...la vida luminosa que trajo [el padre] del claro cielo de Italia al lejano norte", pág. 470.

En la *Perepiska* de A. Ch. Vostokof (San Pet., 1874) se lee en una carta de Vostokof a A. Ermolaeff, 11/23 de julio de 1802, "de Petersburgo a Torschok hay un camino aburridor; no hay más que ver que bosques, abetos y pinos. En Torschok hemos quedado siete horas. Allí ví a A. M. Bakunin, que se parece profundamente a

tí. Los mismos rasgos del rostro, cejas crecidas hasta juntarse, cabello negro, miope, inhábil, no muy limpio, bueno, instruido, razonable — y escribe versos. ¡Qué encuentro! Confieso que me alegré mucho cuando le ví".

El escritor Iv. Iv. Laschetchnikoff (1794-1869), que conoció también a Bakunin en 1830-40 y lo estimó mucho, describe la vida en Premuchino por esa época con las siguientes palabras: "En uno de los distritos del gobierno de Tver hay un rincón, — Puschkin habitó algún tiempo en las proximidades, en casa de un propietario terrícola Wulf [un G. A. Wulf se casó en 1844 con una hermana de Miguel Bakunin, Alejandra], — en donde la naturaleza prodigó atenciones a todos los que la aman, hermoseándola con todos los dones reunidos en una región de siete meses de nieve. En esa comarca pintoresca fluye el río con vivacidad, flores y árboles crecen frondosamente y el ambiente es más templado allí que en los alrededores. También la familia que habita allí está en cierto modo singularmente provista de dones espirituales. ¡Cuán ardientemente late en ella el corazón! ¡Cómo viven en ella la razón y el talento, qué exceso de todo lo bueno y noble! Un pintor, músico, escritor, maestro, estudiante o simplemente un hombre bueno y honrado son allí tratados igualmente, sin tener en cuenta su estado y su nacimiento. Hasta me pareció que daban a la pobreza el primer puesto. Los visitantes siempre numerosos no se sienten huéspedes, sino como pertenecientes a la familia. El alma de la casa era su cabeza, el patriarca del distrito. ¡Qué bueno era ese anciano majestático, de unos 70 años [tenía entonces solo 60], con una continua sonrisa, con su cabello blanco que caía sobre sus hombros, con sus ojos azules que no veían nada, como un Homero [estaba casi ciego], pero con un espíritu penetrante, en el círculo de los jóvenes, entre los que se complacía singularmente, y a quienes no intranquilizaba por su presencia. Ninguna conversación libre era interrumpida por su llegada. Se olvidaba en él los años en cuantos se había habituado uno a su bondad y a su comprensión.

"Había estudiado en una universidad italiana de las importantes en su época, no estuvo mucho tiempo en servicio, pues no aspiraba a honores, que le eran accesibles por su nacimiento y por sus relaciones, y se estableció siendo joven aún en su pueblo, a la sombra de los cedros plantados por él mismo. Sólo dos veces lo arrancaron de su retiro los deberes de mariscal de la nobleza del gobierno (Tver; 1805, 1806 y 1807) y de curador honorario del gimnasio. Amaba todo lo bello, la naturaleza, particularmente las

flores, la literatura, la música y el balbuceo de los niños en la cuna así como el abrazo de delicada mano femenina y el elocuente silencio de la tumba. Lo que él amaba, lo amaba también su mujer, una mujer agradable y razonable, lo amaban los niños, hijos e hijas. Nunca vivió una familia más armónicamente.

“¿De dónde, de qué partes de Rusia no acudían visitantes allí?”...

Belinski escribió después de su segunda visita (Moscú, 1.º de agosto de 1838): ...“Ví su espíritu en todos y en todas partes: en el hermoso y sencillo jardín con sus alamedas, pequeños senderos y prados, sus magníficos árboles gigantescos, sus claros surtidores y sus riachuelos, y en esa iglesia sencilla y hermosa, en el alegre templo, donde el alma se estremece alegremente ante la divinidad, y en el silencio de ese pacífico cementerio campesino con su poética capilla semidestruida y los rojos abetos lánguidos, y en todo ese paraíso que su amor viviente y sublime, y la naturaleza, han creado y que se llama Premuchino... Comprendí la sonrisa clara y satisfecha con que usted escuchaba sentado en su rincón la conversación de los demás, la indulgencia con que usted escuchaba a todos, la alegría con que se sentaba junto a las jóvenes generaciones y expresaba su opinión sin imponerla a nadie y sin hacer de ella una ley, — la amabilidad estimulante yisonjera con que usted oía la opinión de todos y de cada uno”... (Korniloff, pág. 291).

La carta de la señora Bárbara Dyakoff a su hermano Miguel Bakunin, 20 de diciembre de 1837, contiene algo sobre el encanto de los alrededores de Premuchino al describir un viaje en trineo de las hermanas con los hermanos más pequeños (Korniloff, páginas 359-60). Algunas otras escenas de la naturaleza en el dichoso ambiente las rememora Bakunin en cartas posteriores, por ejemplo en las reproducidas por Korniloff, *Años de viaje*, págs. 171-72, 289-90. En una carta de la fortaleza (28 de mayo de 1852) dice: ...“el que pasó su infancia en Premuchino tiene que amar las flores”, que abundaban particularmente en el gobierno de Tver, por corta que sea su temporada. Las flores favoritas de Bakunin eran los lirios (agosto de 1855, pág. 508), lo que me fué confirmado también sobre sus últimos años por internacionalistas de Suiza; tal vez se encontraban esas flores en el breve verano en los bosques de Premuchino.

El padre de Bakunin fué, pues, en algún concepto probablemente débil; pero en otros tenaz, y quedó fiel a su propia naturaleza, de una intuición bondadosa, estética, de pensamiento libre, con gran sentido familiar; consiguió escapar a los peligros de la

ambición, de la religiosidad que reinó mucho tiempo a su alrededor, y de la vulgaridad, y fundar luego para su gran familia un hogar material y espiritual que tuvo su misión en la historia de la evolución de la libertad rusa. Fué, como se ha dicho, elegido por la nobleza en 1805, 1806 y 1807 su mariscal para el distrito — luego para el gobierno — y a los cuarenta años, en 1810, fué dominado por una profunda pasión, como se dice, que le llevó al matrimonio.

Una joven, *Bárbara Alexandrovna Muravieff*, visitó con su madre y su padrastro P. M. Poltorazki, su dominio de Bachovkino, situado en el mismo distrito. Su padre fué el brigadier de artillería Alejandro Fedorovitch Muravieff; nietos de sus hermanos fueron los decabristas Nikita y Alejandro Michailovitch, Artamof Zacharovitch y Sergei y Matvei Ivanovitch Muravieff, llamados estos dos últimos Muravieff-Apóstol. Su madre (muerta en 1842) era Bárbara Michailovna Mordvinoff, hija de un general; su hermana, casada con N. N. Muravieff, fué madre de otros Muravieff de las sociedades secretas, Alejandro y Miguel Nikolaevitch, el último de los cuales, Miguel, llegó a ser el famoso verdugo de Polonia. Una prima de la que ulteriormente había de ser madre de Miguel Bakunin, también una Mordvinoff, estaba casada con el estadista Nicolás Nazarovitch Muravieff, a quien nuestro Bakunin conoció luego bien en San Petersburgo y cuyo hijo mayor, más tarde conde N. N. Muravieff-Amurski, fué gobernador general de la Siberia oriental, de sentimientos amistosos para él.

De todos esos parientes han debido estar más próximos a la joven los hermanos Alejandro y Miguel Nikolaevitch Muravieff, de los cuales el primero, posteriormente fundador del *Soyuz Spaseniya* (Liga de salvación), según la tradición, la amaba, pero a causa del próximo parentesco no pudo casarse; por lo demás permaneció un íntimo conocido de la familia.

También la familia del padrastro, P. M. Poltorazki (muerto en 1827) abundaba en personalidades en posiciones renombradas. Un hermano suyo, Alejandro, curador del gimnasio de Tver, estaba casado con Tatiana, una de las hermanas del padre de Bakunin; una hermana era la mujer del secretario del consejo de Estado y director de la Biblioteca de Petersburgo, A. N. Olenyn; en casa de ésta, Elisabeth Markovna Olenyn, se formó el primer salón literario-artístico del comienzo del siglo XIX.

Realmente el círculo de las relaciones de la familia de Miguel Bakunin por parte de la madre era mucho más vasto que por parte del padre, mientras que el parentesco de parte de éste representaba el elemento más sencillo y más íntimo tal vez y en él constituía

el viejo Bakunin el punto central de los Bakunin, mientras que su mujer estaba algo así como en la periferia de su gran círculo de parientes.

Barbara Alexandrovna es descrita como una joven dama del mundo y de la moda, muy cortajada, criada en el mundo aristocrático, pero, por lo demás, sin fortuna. A. M. Bakunin, enamorado sin esperanza de ella, llegó hasta el punto de querer suicidarse; pero su hermana Tatiana, casada con un Poltorazki (cuñada del padrastro de la joven) hizo posible el matrimonio y así se fundó la nueva familia en Premuchino.

La joven pareja pasó el primer invierno en la ciudad de Tver, donde una hermana del emperador Alejandro I, Catalina Pavlovna, más tarde reina de Wurtemberg, casada entonces con un príncipe de Oldenburg, mantenía una pequeña Corte a la que fué atraído también el historiador N. M. Karamsin, a quien conoció el padre de Bakunin por aquella época. Existen fragmentos de un diario del viejo Bakunin (1810-11). La Gran Duquesa quería hacerle curador de la Universidad de Kazan, luego su mariscal de corte, pero él rehusó. Después nacieron pronto los primeros hijos, desde septiembre de 1811, vino la invasión francesa de 1812, después de la cual murió de tifus el príncipe de Oldenburg, en diciembre de 1812; la Gran Duquesa se fué de Tver. Desde entonces vivió largos años la familia Bakunin en Premuchino, sin aislarse, pues afluían los visitantes, por ejemplo hacia 1816 los mencionados jóvenes Muravieff (4).

(4) Los datos de Bakunin mencionados en la autobiografía sobre la participación de su padre en la conspiración decabrista septentrional, están frente a una exposición precedente de M. N. Muravieff, el verdugo de Polonia, sobre su hermano Sergio (en la biografía del mismo por D. A. Kropotoff, San Pet., 1874), según la cual A. M. Bakunin escribió al joven M. N. Muravieff una carta en que se le desaconsejaba enteramente de la empresa revolucionaria y se expresaban ideas por completo reaccionarias, carta que es resumida detalladamente (Kropotoff, pág. 207-211). Korniloff cita ese material también y lo comenta con inclusión del insignificante material restante, por ejemplo, el recuerdo de Alejandro A. Bakunin, a quien su padre contó realmente sobre una carta a M. N. Muravieff relativa a la ausencia de perspectiva de las revoluciones políticas en Rusia; también sobre noticias de un libro muy leído por los decabristas, los *Principes philosophiques, politiques et moraux*, del coronel Weiss, que envió M. N. Muravieff al viejo Bakunin el 23 de enero de 1816. Según mi opinión ese episodio no invalida los datos generales de Miguel Bakunin, que son una fuente más directa. Es bien probable que su padre estuviese en la extrema derecha del liberalismo; que además consideraba a Rusia políticamente inmadura y se interesaba mucho por la grandeza nacional y la misión de Rusia; que pendía personal-

Del matrimonio de A. M. Bakunin, concertado a los cuarenta y tres años de edad, según Korniloff, nacieron en catorce años, 11 hijos.

Liubof (Amada), 10 de septiembre de 1811; muerta el 6 de agosto de 1838;

Barbara, 13 de agosto de 1812; casada con N. N. Dyakoff; muerta en 1866;

Miguel, 18/30 de mayo de 1814; muerto el 1.º de julio de 1876;

Tatiana, 10 de agosto de 1815; muerta en julio de 1871;

Alejandra, 8 de agosto de 1816; casada con G. A. Wulf; muerta en 1882;

Nicolás, 29 de mayo de 1818; muerto en 1900;

Ilya (Elías), 19 de agosto de 1820; muerto en 1901;

Pablo, 21 de agosto de 1820; muerto en 1900;

Alejandro, 10 de noviembre de 1821; muerto en 1908;

Alejo, 25 de marzo de 1823; muerto en 1882;

Sofía, 4 de septiembre de 1824; muerta durante una epidemia en 1826.

La madre, sujeta a la casa por los hijos, les dedicó atenciones, les dió la primera enseñanza de piano, etc.; naturalmente, habían sido colocados toda clase de gobernantes y de maestros extranjeros, y sobre todo la educación de las hijas fué muy esmerada. De los muchachos fué enviado también Nicolás (1833), después Miguel (1828), a la escuela de artillería de San Petersburgo; los otros cua-

mente mucho de su familia y de su tranquilidad como para comprometerse, pero es también probable que le fueran conocidas muchas personas y muchos sucesos; que disfrutó de general aprecio y confianza; que a su alrededor se conspiró y por tanto, es imposible una opinión conclusiva; pero los datos de su hijo tienen derecho a completa consideración.

En la descripción que da Bakunin de la conspiración, leemos:

... 'Había dos sociedades, la del Norte y la del Sur. La primera, la de Petersburgo y Moscú abarcaba y en gran parte se componía de oficiales de la guardia; era más aristocrática y política, en el sentido del poder del Estado, que la última. Los Muravieff, primos de mi madre, incluso Muravieff el verdugo, pertenecían a ella. Los miembros de la sociedad del Norte querían también la liberación de los campesinos, pero eran simultáneamente partidarios del gran imperio, cuya integridad y cuyo poder deseaban, con una constitución liberal aristocrática, no por derecho, sino por la causa... Preocupada de la grandeza del imperio, la sociedad del Norte era adversaria de la independencia de Polonia.

"La sociedad del Sur, que abarcaba todo el sur de Rusia, con Kief como punto central, era más abiertamente revolucionaria y democrática de arriba a abajo. No era así a causa del carácter especial de la población del sur, pues se componía también en lo esencial

tro, instruídos juntos, entraron en 1835 en la cuarta clase del gimnasio de Tver; Ilya se hizo en 1836 oficial en un regimiento de caballería; los otros tres concurren en 1839 a la universidad de Moscú. Se vé que de los numerosos hijos se formó sencillamente un grupo de muchachas y otro de muchachos que, a pesar de la diferencia de edad, fueron tratados del mismo modo y así aprendieron también a mantenerse unidos. Una excepción la hizo Miguel, el cual, por la edad, estaba entre las hermanas y superaba con mucho en años, al abandonar la casa paterna, a los hermanos: era, pues, se podría decir, la cabeza indisputada del grupo de muchachos y el compañero de igual edad del grupo de las muchachas. Sobre todos estaba como verdadero ideal el anciano padre, como describe Miguel Bakunin mismo en una carta del 15 de diciembre de 1837, la época de conflicto amargo:

"...El período más dichoso de nuestra vida en Premuchino fueron los años de la niñez; en mí viven aún todas las impresiones de la infancia... Mi amor hacia usted, querido padrecito, un amor completo, infinito, comenzó con mi niñez. Usted era para todos nosotros algo grande, que sobresalía de las filas de las gentes ordinarias. Nosotros no lo comprendíamos y no podíamos comprenderlo; pero lo sentíamos. Su palabra era para nosotros vasta, muy vasta, incondicional prueba de verdad. Usted era para nosotros una autoridad absoluta e inmovible en todas las circunstancias... Usted no nos adiestró nunca y, según parece, no nos castigó nunca;

de oficiales del ejército, que en su gran mayoría procedían de la Gran Rusia, sino ante todo porque eran oficiales del ejército y no oficiales de la guardia y luego porque tenían hombres de mayor valor a su cabeza: los coroneles Muravieff-Apóstol, Bestuscheff-Rumin y un hombre de genio: el coronel de estado mayor Pestel.

"Pestel era federalista y socialista en el sentido que no se contentaba con exigir para los campesinos la liberación de la servidumbre, la liberación personal; exigía la posesión de la tierra para ellos. Quería, además, la transformación del imperio en una federación de provincias, una república federativa, como los Estados Unidos de Norte América. Lejos de desconocer el derecho de los polacos a la independencia, trataba de aliarse con los revolucionarios polacos, lo que le atrajo la crítica y la cólera misma de la sociedad del Norte"...

"...La primera formación de la conspiración decabrista data de 1816, la época del regreso de nuestro ejército a Rusia, después de la caída de Napoleón. En sus marchas por Alemania y Francia, los jóvenes oficiales rusos entraron a menudo en relaciones con estudiantes alemanes, miembros de la Federación de la virtud, Jugendbund, y con representantes del liberalismo francés, incluso con viejos republicanos. Introdujeron esas ideas en Rusia, donde, gracias al terre-

pero el pensamiento de que usted conociera una de nuestras faltas y se enojara contra nosotros, era para nosotros terrible. Me recuerdo con qué amor, afabilidad y ardorosa atención escuchaba usted nuestra charla infantil. Me recuerdo cuán felices éramos cuando le llevábamos una mariposa o una flor nueva"... Miguel Bakunin se recuerda de los paseos de la tarde, en donde el padre contaba algo histórico o hacía buscar una planta rara, y otra vez explicaba la luna y el sol, el rayo y el trueno. Una vez le ayudó Miguel Bakunin, que había aprendido bien, a construir un puente hacia una pequeña isla; o los niños, vueltos con retardo de su caza de mariposas, se sentían dichosísimos cuando el padre parecía pasar por alto el retardo. Felices noches de invierno en las que leían juntos el *Robinson Crusoe*. "Luego venían los largos ayunos; nosotros ayudábamos con usted y la semana santa era algo inexplicable, solemne... Esa sagrada festividad, que se expresaba en su rostro, esos hábitos negros, esa misa tenebrosa, triste, la misa de tinieblas... Después de la última íbamos a la habitación aún no iluminada, Varenka [Bárbara] se sentaba al piano y hacía resonar acordes, usted nos hablaba de los padecimientos y de la santidad divina del redentor... Luego, encendida la luz, leíamos todos juntos el evangelio... Venía el miércoles y nos confesábamos juntos y nos reuníamos para la comunión y todo estaba tan silencioso, todo era tan sagrado, tan solemne... No comprendíamos nada, pero sentíamos que tenía lugar algo grande... Usted, mamá, las hermanas, nos-

no virgen, se desarrollaron más vigorosamente aún que en sus países de origen...

"En los diez años desde 1815 a 1825 tuvo lugar un verdadero nacimiento a la vida política y social, a la humanidad, en el seno de la nobleza rusa. Hasta entonces la nobleza rusa, una honesta casta burocrática, esclava voluntaria de los zares y cruel propietaria de esclavos que cultivaban su tierra, no fué desde el comienzo de su historia más que un animal vulgar, sin idea alguna, sucumbiendo en los más estúpidos prejuicios y en la doble ignominia de un infame servilismo y de un despotismo vergonzoso. Nunca hasta entonces se había levantado contra los zares"...

En una ojeada retrospectiva más amplia se lee luego, después de la descripción de Pedro I:

"...Y sin embargo esa civilización importada al principio únicamente con fines al poder político, trajo finalmente algo más a Rusia que las formas exteriores: trajo la gran literatura, la filosofía humanista del siglo XVIII. Gracias a esa necesidad sexual y política de coquetería que constituye el carácter de la emperatriz Catalina II, la amiga y corresponsal de Diderot y de Voltaire, que le importaba pasar por espíritu fuerte, por amiga celosa de la civilización y de la humanidad, fueron traducidas al ruso todas las obras sobresalientes de ese siglo, las obras de Voltaire y la Enciclopedia y

otros, estábamos todos en una habitación; allí no había nada extraño, nada que destruyese esa sagrada armonía por su presencia inadecuada"... La semana santa se continúa describiendo así:..."Sí, padrecito, el recuerdo suyo, el amor a ustedes, la casa de Premuchino, los jardines y los alrededores, amor, naturaleza, disfrute de la naturaleza, y nuestra infancia, todo eso forma un tesoro inarrancable y el mejor período de nuestra vida familiar"...

Recuerda también en una larga carta a la familia desde la fortaleza de Petersburgo (1852 o 1853; V. Polonski, *Materialy*, I. pág. 266) a su hermana Bárbara diversos asuntos de la infancia feliz, paseos en el parque en las primeras horas matinales y juegos con las telarañas entre los árboles, cantos vespertinos, lecturas del *Robinson Suisse*, cuando Bárbara se enamoró de Fritz; el manso gorrión pisado por ella, que le hizo derramar ardientes lágrimas y que fué solemnemente enterrado, a causa de lo cual la piadosa tía Bárbara movió la cabecita:..."Yo no sé si tú te recuerdas de todo eso, pero yo no he olvidado nada y cuando pienso en el tiempo de nuestra niñez, mi alma refresca"...

Todavía en el otoño de 1834, cuando la familia se trasladó a Tver para pasar algunos meses del invierno, como lo muestra una carta de Tatiana, se despidieron todos de la casa como si fueran a la eternidad; el viejo Bakunin compuso una poesía, cantada en coro, despidiéndose tan conmovedoramente de la casa, del jardín, de la fuente, del Osuga, de la iglesia, de la aldea y de la región

muchos otros libros franceses y alemanes. Catalina abrió un camino a esa nueva literatura y la puso de moda. Muchos de sus cortesanos se ocupaban de ella sólo porque la emperatriz lo quería. Se era filósofo, como se era verdugo, por servilismo. Pero entre esos lectores hubo un grupo primeramente muy pequeño, que leyó esas obras en otro sentido, para quien la idea luminosa de ese siglo, la sustitución de la divinidad por la humanidad, fué una revelación y se convirtió en la base, en el principio de vida, en una nueva religión. Esos hombres, entre los que nombro al principal, al promotor entusiasta del grupo, Novikoff (1744-1818), se volvieron propagandistas, apóstoles. Fueron los verdaderos creadores de la literatura rusa. Enviaron a costa suya jóvenes a Europa para estudiar allí, para otro fin que para el fin del Estado; entre ellos también al historiador ruso Karamsin, que más tarde, volviendo las espaldas a sus magnánimos protectores, se alió a los grandes intereses del Estado y se convirtió, por decirlo así, en el creador del patriotismo oficial y de la retórica patriótica, pero que al mismo tiempo fué el primero que escribió en Rusia una prosa humana.

"Su influencia penetró en la Universidad de Petersburgo y especialmente en la de Moscú, que entonces se convirtió en un centro de la propaganda humanista. Según el ejemplo de los propagadores simultáneos de las mismas ideas en Europa, se organizaron como Logia

que, ya a la segunda estrofa, la hija mayor estalló en lágrimas y todos los demás hicieron lo mismo y no pudieron acabar el canto.

Korniloff hace resaltar aún que esa educación patriarcal dada por el viejo Bakunin,—pasada por alto la observancia de los dogmas de la religión,—se apoyaba en Rousseau y era muy distinta de la usual en otras familias de aquél tiempo. Característico es un escrito del padre, del 22 de octubre de 1814, poco después de la muerte de su madre, de setenta y cinco años. Describe cómo últimamente era la madre exageradamente devota y quería que sus hijos fueran lo mismo y vivieran sólo para ella y sin contradicción alguna a su voluntad, lo que finalmente destruyó la sinceridad de esa vida familiar. Por consiguiente se propuso—un medio año después de nacer Miguel Bakunin, pues—para su propia vida de familia: "1.º, conquistar la sinceridad y el amor de mis hijos por un comportamiento benévolo, amistoso e indulgente; 2.º, no ofenderme cuando no concuerdan, no sólo con mis caprichos, sino también con mis opiniones, y si es necesario desviarlos de un error, convencerlos de la verdad por el consejo, el ejemplo, la consideración racional, pero nunca por el poder paternal. 3.º Por consiguiente, alejarme de sus nuevas relaciones, si son irreprochables, como garantía de su dicha después de mi muerte; 4.º, procurar que no sean perezosos y que vivan, si es posible, alegre y amistosamente; 5.º, una vez crecidos, hacerlos partícipes de nuestra fortuna. La abuela Catalina Alexandrovna cedió a sus hijos su parte de posesión re-

masónica, a la que fueron atraídas muchas gentes por la vanidad y la curiosidad, especialmente gentes de mucha influencia, ricas y de rango, por lo cual sus medios de acción, su poder fueron acrecentados. Finalmente, Catalina II, que a pesar de su barniz liberal y de su puterío sexual y político era una déspota declarada, se indignó contra eso. La Logia fué clausurada, Novikoff y los demás fueron terriblemente perseguidos. Pero el hecho se había producido, la siembra había sido dispersada y no podía menos de aportar frutos en el terreno virgen y rico de la inteligencia rusa.

"Desde el comienzo del siglo hasta 1812 hubo un período de preparación, de divulgación y de desenvolvimiento no percibido, pero poderoso. La invasión de Napoleón en 1812 despertó todo el país y lo revolucionó. Eso fué para Rusia una enorme dicha. Para su defensa, el Estado se vió forzado a apelar a cada uno, a la nobleza, al clero, a la burguesía urbana y a los esclavos del campo. Cada cual se sentía ir a una nueva vida, reconociéndose como necesario. Ese fué el primer hálito de un aire libre que sopló por sobre ese imperio de esclavos. Desde 1812 comenzaron los campesinos de nuevo a exigir libertad y tierra. El joven noble llevado a Europa por la guerra, volvió transformado, liberal y revolucionario. Luego comenzó una formidable propaganda en todas las ciudades, guarniciones, en todas las sedes de la nobleza de Rusia. Las mujeres, por fin, toma-

servándose un sostenimiento correspondiente. Mi mujer es tan joven que puedo contarla entre mis hijos. Como hija mayor, que dirija también mi familia; 6.º, no exigir que mis hijos recen voluntaria o involuntariamente, pero enseñarles que la religión es el único fundamento de todas las virtudes y de nuestra dicha" (5).

Según la poesía *Osuga* los niños estudiaron cinco idiomas, entre los cuales el inglés y particularmente el italiano estaban en segundo lugar, pero el francés y el alemán eran estudiados seriamente. Las muchachas aprendieron el piano; Miguel Bakunin tocaba el violín. Las muchachas educadas completamente en casa, cuyas largas cartas sobre cosas abstractas y cuyo vivo interés en las discusiones filosó-

ron parte en ella y justamente con una pasión infinita. Fué el primer acto de su liberación espiritual, moral y social. El noble ruso, hasta entonces esclavo innoble, animal y déspota bárbaro, fué transformado por un milagro en un propagandista fanático del humanismo y 'de la libertad'...

Después de algunas palabras sobre Puschkin, se lee allí:

"Este era el nuevo mundo, lleno de savia y de impulso que tuvo que combatir el emperador Nicolás desde el primer día de su gobierno. La reacción que siguió a la sofocación del levantamiento de diciembre (1825), fué espantosa. Todo lo humano, lo inteligente, lo bueno, lo libre fué destruído, pisoteado; todo lo canallesco, brutal, bellaco, cruel y vulgar subió con el emperador Nicolás al trono. Fué una destrucción sistemática, completa de la humanidad en provecho de la brutalidad y de toda estupidez y bajeza imaginables. Y en medio de esa nueva realidad o más bien vieja, pero restaurada, renovada y fortificada por el puño de hierro del emperador Nicolás, fuí a los catorce años cadete de la escuela de artillería"...

Se encuentra el desenvolvimiento aquí esbozado, que ha sido investigado ya en innumerables detalles, brillantemente descrito en el libro de Alejandro Herzen, dedicado "a nuestro amigo Miguel Bakunin", *Du développement des idées révolutionnaires en Russie*, por Iskander (París; Niza, 1851, XV-176 págs.); segunda edición, Londres, 1853, XIII-144 págs.).

(5) En una carta del 30 de mayo de 1870 (Locarno) a C. Gambuzzi comunica Bakunin que su padre (muerto en 1856) dejó nueve hijos, de los cuales las hijas casadas, Bárbara y Alejandra, habían recibido ya su parte de herencia. Dejó un testamento "por el cual se lega a mi hermano Elías una parte especial de la herencia; a causa de su turbulencia lo consideró incapaz de quedar en paz en la comunidad fraternal. La gran masa de sus bienes quedó de ese modo sin repartir; es decir, las partes quedaron integrando la finca paterna, pero eso no quiere decir que no se puedan distribuir, pues el derecho a separarse y a exigir su parte de herencia es privativo de cada uno de los restantes seis hijos, tanto por el testamento mismo como por todas las leyes rusas"... (los hijos son: Miguel, Tatiana, Nicolás, Pablo, Alejandro, Alejo). "El testamento contiene una cláusula que lega la administración de esa finca común a la madre hasta su muerte. La madre murió en 1864",



Casa solariega de los Bakunin en Premuchino.

ficas de Miguel Bakunin son conocidas, han debido ser esmeradamente educadas y tomaron su vida muy en serio.

Aunque todos vivían del modo más confortable, visitando a algunos propietarios y vecinos de Torschok, Tver y Moscú, y recibiendo muchos visitantes, la familia no puede calificarse propiamente de rica. Probablemente para la rica vida en la casa señorial se sacaba suficientemente de los productos naturales de la finca; pero las entradas monetarias dependientes de las cosechas y de la labor práctica fueron absorbidas por muchos gastos corrientes, de manera que para cosas extraordinarias, que por lo demás, en tal nivel de vida, exigían rápidamente grandes sumas, faltaba el dinero o tenía que ser obtenido siempre por arreglos especiales. Como la carrera de Miguel Bakunin cesó pronto de ser una "carrera" normal, chocó pronto con el padre en la cuestión monetaria en un absoluto *non possumus* y tuvo que acomodarse a ello; por otra parte Premuchino, mientras Bakunin vivió en Rusia, fué una casa abierta en todo el tiempo para él y sus amigos (6).

Alguien para mí desconocido escribió en un periódico ruso (7): "desde la niñez se revelaron en él [M. Bakunin] comienzos de un fuerte carácter, una sólida voluntad y simultáneamente una inclinación a cierta fantasía indefinida, enfermiza. Se cuenta que ya en la casa familiar compuso piezas teatrales de grandes hechos, en los que se daba el papel de primer héroe, de jefe. Se dice, por ejemplo, que desde su temprana juventud escapó a menudo de la casa paterna y daba a su fuga, que adornaba con circunstancias de naturaleza distinta, un colorido romántico. Esa pasión por los viajes clandestinos en el gobierno de Tver intranquilizó al comienzo a su padre; luego quedó indiferente ante esas excentricidades de su hijo: cuando la gente le contaba sobre la fuga, ordenaba tran-

(6) No sé si la magnitud de la finca sufrió modificaciones en el curso de tantos años. Según un documento de 1875 o de 1876 existían tierras, edificios, ganado, una quesería y bosques y en un reparto le habría correspondido a cada uno de los nueve hermanos el valor de 30.000 rublos.

(7) M. A. Bakunin, 12 columnas de folletín de un diario ruso, sin firma; necrología (1876). No puedo examinar ahora en ese recorte que se encontró en otro tiempo entre los papeles de Joukowski sobre la existencia de algunos otros datos de carácter original. La señora A. Veber, *Bakunin en la víspera de su muerte* (Byloe, 1907) cuenta cómo en 1876, en los meses anteriores a su muerte, las conversaciones de Bakunin se volvían diversamente hacia su juventud; contó sobre su niñez, sobre el perro Turco y la lectura del *Robinson suizo*; "a menudo, y siempre con el sentimiento del amor, se recordaba de su padre".

quilamente que le enviaran una piel y zapatos calientes, tomando la escapada por un hecho ineludible, aunque también extraño". Comparado esto con la autobiografía se cuentan en ella como sueños cosas que aquí se presentan como algo que llegó a ser realizado accidentalmente de un modo inocente, lo que es posible; en la base hay una tradición, — en qué medida es exagerada o desfigurada, eso no se puede decir.

Iván Turgenieff escribió el 14 de abril de 1862 (*Briefe*, 1840-1883, Leipzig 1886, pág. 96; véase también pág. 99): "Todos los verdaderos negadores que yo conocí, todos sin excepción, Belinski, Bakunin, Herzen, Dolbrolyuboff, Speschneeff [del círculo de Petrashevski] etc., procedían de padres proporcionalmente buenos y honestos y en esto hay un gran sentido. Esa circunstancia, quita a los negadores toda sombra de indignación y de susceptibilidad personal.

"Cambieron su camino sólo porque tuvieron más en cuenta el fomento de la vida popular"...

Sean cualesquiera que sean esas influencias, existió en todo caso, en los años de la infancia descritos, el fundamento eugénico de la evolución de Bakunin, y por mucho que la vida ulterior le quitase o le frustrara, ese fundamento fué en él indestruible. Persiste en la vida libre y solidaria de un grupo todavía tan pequeño, del cual surgen la inclinación y el deseo de extender esas condiciones ideales a más vastos círculos, a toda la humanidad. Esa es en todo caso una de las fuentes de donde surgieron los anarquistas de pensamiento más intensivamente solidarista. Eliseo Reclus y su hermano Elías, P. Kropotkin y su hermano Alejandro, Bakunin y el círculo de los hermanos con el padre tolerante, todos, dentro del ambiente hostil o indiferente, dieron ya de ese modo un paso hacia la anarquía. Faltaba sólo la voluntad, la energía para salir de sí mismos y compartir su libertad y su dicha con la humanidad. Para esto dormitaba en Bakunin el sentimiento, mencionado por él, de la rebelión contra la crueldad y la injusticia.

Por un tiempo, ciertamente, su padre, por inteligente y benévolo que fuera, arrancó al muchacho a su dicha tan intensamente sentida y a su libertad y lo entregó a la educación militar, que él mismo no conoció de cerca. Los motivos íntimos de la elección de esa carrera, contra la cual el muchacho mismo no tenía nada que objetar, no son conocidos.



MIGUEL BAKUNIN

Acuarela con dedicatoria: "Para Natalia y Alejandrina (Beer):
"Como yo no estoy terminado, tampoco está terminado mi retrato".
1838, 15 de mayo. Premuchino".

En la hoja que tiene en la mano se lee en alemán: "Sólo se me-
rece la libertad y la vida, el que las conquista diariamente" (Faus-
to, II).